

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**
PUNTO
ROJO

roja es la sangre

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

BURTON HARE

ROJA ES LA SANGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 593

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Déposito legal: B 25.830 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1973

© BURTON HARE - 1973

texto

© JORGE NUÑEZ - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.191 — Asesinos de vieja escuela.

En Colección PUNTO ROJO:

575 — Ojos azules, muerte roja.

CAPÍTULO PRIMERO

El auto patrulla de la policía se detuvo con un aullido de frenos.

Los dos agentes echaron un vistazo a la enorme puerta de hierro de la verja, abierta de par en par, y el más joven gruñó:

—Sigue, la casa debe de quedar entre los árboles.

El conductor embragó y el coche se internó por el inmenso parque de la residencia. La grava chirrió bajo los neumáticos y en alguna parte una lechuza dejó oír su ronco grito.

—¿Qué te parece cómo vive esa gente, Jim? —rezongó el joven.

—No los critiques. De sus impuestos sale tu sueldo.

El edificio apareció más allá de una redonda plazoleta rodeada de arriates de flores. Había luz en varias ventanas, y cuando los dos policías se apearon la puerta se abrió, desparramando una viva claridad que alumbró el gran porche rodeado de columnas.

—¿Ustedes han llamado pidiendo ayuda? —indagó el agente más joven.

—Efectivamente, entró un ladrón, ¿saben?

El hombre que hablaba tendría alrededor de sesenta años, era delgado y distinguido. Llevaba un batín de seda y empuñaba una pistola calibre 22.

—Bueno, ¿lo puso usted en fuga?

—Mejor será que entren ustedes.

Le siguieron al interior. Atravesaron un gigantesco vestíbulo y penetraron en una confortable biblioteca.

—Yo estaba aquí leyendo —explicó el dueño de la casa—. Siempre me quedo hasta muy tarde entre mis libros. Sabía que la servidumbre se había retirado hacía ya tiempo, de modo que cuando oí el ruido me sorprendió.

—¿Qué ruido?

—Pasos en las escaleras —murmuró.

—¿Y...?

—Fue apenas un instante, como si el hombre hubiera dado un traspies; de lo contrario, no lo habría oído. Abrí la puerta y me asomé. Estaba al pie de las escaleras, disponiéndose a subir...

—¿Pudo usted verlo bien?

—No mucho, había poca luz. Le grité algo y vino hacia mí como un bólido. Fue entonces que me golpeó.

Levantó la cara y mostró un oscuro moretón en un lado de la quijada.

—Caí sentado, aturdido. Cuando me levanté, él ya había desaparecido.

—¿Por dónde?

—Por la puerta, naturalmente. No se molestó en cerrarla precisamente.

—¿Y observó usted si la puerta estaba abierta cuando vio al intruso por primera vez?

—No... no creo que estuviera abierta entonces, pero no puedo asegurarlo.

—Está bien, continúe.

—Bueno, cerré la puerta y llamé por teléfono a la policía. Después, tomé esta pistola y salí, para dejar abierta la verja.

—¿No volvió a ver ni rastro del ladrón?

—En absoluto.

—Bueno, hizo usted mal en tocar la puerta. Seguramente dejó ahí sus huellas cuando huyó... si no llevaba guantes.

Jim, el mayor de los dos agentes, miró a su alrededor con curiosidad.

—Veamos —puntualizó—. Usted dice que el ladrón se disponía a subir las escaleras. ¿No estaría bajándolas?

—No lo sé. Creo que estaba en el segundo o tercer escalón cuando le sorprendí.

—¿Dónde guardan ustedes el dinero, las joyas o los objetos de valor?

—El dinero y las joyas en una caja fuerte, aquí, en la biblioteca. Pero hay otra más pequeña en el dormitorio donde mi esposa suele guardar sus joyas de más uso.

—Daremos un vistazo, pero ese tipo debe estar a millas de distancia a estas horas. ¿Avisó usted a los sirvientes?

—Sólo a la señora Snyder, nuestra ama de llaves.

—Vamos, Charles.

Regresaron al jardín y tomando una potente linterna eléctrica del coche iniciaron su reconocimiento.

En la biblioteca, el dueño de la casa encendió un cigarrillo. Después, sirviéndose una larga ración de *whisky*, se hundió en una butaca para esperar el resultado.

Absorto en sus pensamientos, no advirtió la presencia de la mujer hasta que ésta se detuvo a su lado.

—¿Señor...?

Con un sobresalto, él se volvió.

—Hola, Helen. Han llegado los policías.

—Los vi en el jardín. ¿Desea el señor que prepare café o alguna bebida caliente?

—No, gracias. ¿Alguna de las chicas se ha despertado?

—No, señor.

—Mejor así. No ayudarían nada enredando por aquí. Supongo que la policía querrá hablar con usted, de modo que no se aleje mucho.

—Muy bien, señor.

El ama de llaves se retiró.

Cuando los dos agentes regresaron, el de más edad anunció:

—Fue un profesional, señor...

—¡Oh, perdón! Soy Harry Schindler... ¿Un profesional dice usted?

—Violentó una ventana. Un buen trabajo si los hay. Habrá que llamar al departamento técnico para que saquen fotografías y puedan identificar al tipo.

—Afortunadamente, no tuvo tiempo de llevarse nada —suspiró Schindler—. Ahí tiene usted un teléfono si desea llamar ahora.

—Gracias. Creo que ha tenido usted mucha suerte, señor.

El policía tomó el teléfono y tras establecer conexión solicitó hablar con el sargento Fields.

Fields acababa de atizarse un largo trago de la aplanada botella. Se pasó la lengua por los labios y suspirando devolvió la botella a su propietario.

—Si no fuera por esta clase de sobornos, no te soportaría, figón —comentó, recostándose en el asiento.

—Te aburrirías sin mí —aseguró John Travers, un reportero cuyos sueños de éxito hasta entonces no habían pasado más allá de pesadillas.

Se llevó el gollete a los labios y bebió glotonamente.

Justo en aquel instante sonó el teléfono.

El reportero gruñó:

—Me voy a dormir, sargento. Diviértete.

Fields escuchaba por el auricular.

—¿Harry Schindler? —tronó—. ¿Un robo?

Travers se detuvo en seco junto a la puerta.

El sargento dijo:

—Muy bien, esperen ahí hasta que lleguemos. Y que nadie toque esa ventana.

Colgó.

El reportero volvió a sacar la botella.

—Bebamos —dijo— a la salud del héroe que ha sido capaz de limpiarle la pasta a Schindler.

Y se atizó otro trago.

—No le han robado —rebatía Fields.

—¿No? Pero creí oírte decir que...

—El ladrón no tuvo tiempo. Fue descubierto y salió de estampida.

—¿En casa del gran hombre?

—En la residencia Schindler. ¿Qué sabes de él?

—Una potencia en todos los órdenes. Podrido de dinero, influyente en política, propietario de tantas industrias que ya ni lleva la cuenta... Una gloria nacional, ya sabes.

—Esa gente suele ser difícil. Habrá que darle satisfacción.

—Iré contigo.

—No hay material ni para llenar tres líneas, Johnny. Sólo un intento de robo.

—Con esos magnates, uno nunca sabe. ¿Quieres un trago?

—¿Olvidas que estoy de servicio? —protestó el sargento.

—¿Yo? Tú lo olvidaste hace unos minutos si no recuerdo mal.

Salieron los dos en busca de los peritos. Poco después, los coches policíacos atravesaban las desiertas calles rumbo a la soberbia residencia Schindler.

CAPÍTULO II

—De modo que no sabe usted si el intruso subía o bajaba las escaleras.

—No, claro que no.

—Entonces mejor será dar un vistazo arriba —decidió el sargento, mientras sus hombres trabajaban en la ventana de la sala por donde había penetrado el ladrón.

—No sé qué podía buscar en las habitaciones del piso de arriba —murmuró el millonario—. No hay nada de valor al alcance de un asaltante.

—Quizá la caja del dormitorio de su esposa. A propósito, ¿no está aquí ella, esta noche?

Schindler sacudió la cabeza.

—No llegará hasta mañana —explicó—. Acudió a una convención en Santa Bárbara. Ella es miembro de varias organizaciones femeninas.

John Travers les siguió escaleras arriba. Sus ojos astutos, grises como una nube de tormenta, captaban todo posible detalle que pudiese servirle para un problemático reportaje.

Hubo de reconocer que hasta entonces no había encontrado nada que ofreciera el menor interés.

—Éste es el dormitorio de mi esposa —dijo Schindler, abriendo una puerta—. La caja está en la pared, detrás de un espejo.

Encendió la luz y entraron.

El espejo estaba separado de su lugar habitual, y la redonda puerta de una pequeña caja acorazada abierta de par en par.

Durante unos segundos, el estupor dejó mudo al dueño de la casa.

Fisher gruñó un juramento y atravesó el dormitorio a grandes zancadas, seguido de Travers, que empezaba a animarse.

—¡Inaudito! —barbotó Schindler—. ¡La ha abierto!

—Eso parece. Un trabajo de artista, sin duda. ¿Puede usted decirnos qué se llevó nuestro hombre, señor Schindler?

—Desde luego, algún dinero. Mi esposa siempre dispone de una cantidad en efectivo —registró el interior y añadió—: Y algunas joyas también, aunque hasta que regrese Marjory no podremos precisar cuáles.

Travers estaba dando vueltas por el dormitorio. Aspiraba un suave y cálido perfume que le hizo concebir imágenes tan turbadoras que no encajaban en un matrimonio de sesenta años.

—No toque usted la puerta —advirtió Fisher—. Aunque un fulano capaz de realizar ese trabajo no habrá sido tan idiota como para dejar huellas digitales. De todos modos nunca se sabe.

Travers se había detenido delante del lujoso tocador, paseando la mirada por los frascos de perfume, los tarros de productos de belleza y las mil chucherías que hablaban de una mujer de exquisito gusto, y de gran preocupación por su cuidado personal.

Cuando se volvió, el sargento le hizo una seña y todos abandonaron el dormitorio dejando la luz encendida.

—Mis hombres subirán cuando terminen en la ventana.

Recorrieron el pasillo flanqueado por varias puertas hasta el inicio de las escaleras.

Entonces resonó el grito.

Fue realmente un alarido infrahumano, la pavorosa queja de alguien a quien de repente hubiesen enfrentado con todo el horror del infierno.

Los tres hombres se quedaron helados, inmóviles junto a la escalera.

Travers barbotó:

—¿Qué fue eso, sargento?

—¿Lo sabe usted, señor Schindler?

—No, pero ha sido horrible.

—Sonó como si viniera de allá abajo —dijo Fisher.

—Yo creo que ha sido en este mismo piso —rebatía Travers, volviéndose—. ¿Qué hay al final de este pasillo, señor?

—Otro pasillo, y una escalera que sube hasta las habitaciones de las sirvientas de Marjory.

El reportero ya no escuchaba. Echó a correr hacia el final de aquel pasillo que habían recorrido segundos antes.

Vio un recodo, y más allá de él, una negra oscuridad. Tras él, escuchó los pasos precipitados de los otros hombres que le seguían, y voces excitadas en la planta baja.

Tanteó la pared hasta localizar una llave de luz. Le dio vuelta y una lámpara alumbró unos escalones. Los subió a saltos, desembocando en otro recodo y un pasillo, más estrecho, al que se abrían tres puertas.

Una de ellas estaba abierta dejando salir la luz, y en ese rectángulo luminoso yacía el cuerpo casi desnudo de una mujer.

Travers se inclinó sobre ella. Los senos que casi escapaban por entre los tenues encajes del leve camisón de dormir se agitaban espasmódicamente a impulsos de la violenta respiración.

—Está desmayada —masculló.

El sargento y Schindler se detuvieron tras él. El dueño de la casa balbuceó:

—Es Ronnie, la camarera de mi esposa.

—Me pregunto...

Travers miró a su alrededor. Cuando sus ojos se fijaron en el interior de la habitación iluminada dio un grito y un salto, todo a la vez. El impulso del salto fue tan violento que cayó sentado en el pasillo, con el rostro desencajado por el espanto.

Fisher dijo:

—¿Qué cuernos te pasa ahora?

John Travers boqueó, pero sólo consiguió emitir un sonido ronco.

Fisher avanzó dos pasos para poder atisbar el interior de la habitación.

No se cayó de espaldas, pero le faltó muy poco.

En el suelo había la cabeza de una mujer cuyos ojos desorbitados, casi fuera de las órbitas, parecían mirarles con todo el horror del mundo. La sangre había formado un charco sucio a su alrededor, de manera que los cabellos rubios de la cabeza destacaban siniestramente contra el fondo rojo.

Travers recobró la voz y soltó una andanada de juramentos en todos los tonos.

Schindler alargó el cuello. De su garganta escapó un quejido agónico y tras un instante en que pareció empequeñecerse, se derrumbó golpeando la pared con la cabeza.

El sargento balbuceó:

—¡Dios! Es... es horrible, Johnny...

—Lo siento, creo que voy a devolver hasta las papillas.

—Aguanta, muchacho. Aún te falta ver el resto del cuerpo. No puede estar muy lejos.

—Pero la han decapitado.

—No me dices nada que yo no sepa. Ocúpate de esa otra, fisgón. Por lo menos, está entera.

Fisher rodeó la espantosa cabeza y el charco de sangre y se adentró en la habitación.

Al instante, su cabeza empezó a dar vueltas. En toda su larga carrera como policía, jamás había contemplado nada semejante.

Había sangre por todas partes. Salpicaba las paredes, los muebles, las alfombras y las ropas de la cama.

El resto del cuerpo aparecía al otro lado del lecho, y lo que habían hecho con él no era mejor que lo realizado al decapitarlo.

Fisher se volvió de espaldas a aquel desgarrado despojo. Su estómago estaba golpeándole en la garganta y durante unos instantes cerró los ojos y aspiró hondo tratando de contenerse.

Después, buscó con la mirada el arma con que había sido hecha semejante carnicería, pero no pudo descubrir nada que ni remotamente pudiera sugerir cómo fue realizada tamaña salvajada.

En el pasillo, Travers levantó el inerte cuerpo de Ronnie, la desvanecida camarera. Vio una puerta abierta con una tenue luz en el interior y caminó tambaleándose hacia allí.

Era un dormitorio. Suspirando, depositó a la muchacha sobre la cama, y por un instante la contempló.

En otras circunstancias hubiera dejado volar su imaginación erótica por derroteros de ensueño. Pero cuando a uno le tiemblan las piernas y la imagen que permanece fija en sus retinas es una cabeza cercenada horriblemente, ni el más furibundo erotismo puede alterar los impulsos de un hombre.

—¡Travers!

Retrocedió. El sargento estaba en el pasillo. Tenía la cara gris y pequeñas gotas de sudor resbalaban por su frente.

—Llevé a la chica a...

—Está bien, está bien, baja a buscar a los muchachos.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó el reportero, señalando al

inanimado Schindler.

—Despertará por sí mismo. Apresúrate.

Travers trotó hacia las escaleras.

Abajo estaban una mujer de mediana edad vestida de negro, otra un poco más joven y una muchacha que rondaría los veinte años. Las tres mirando hacia arriba con ojos asustados, mientras los dos policías de uniforme les impedían subir.

—¿Qué pasó arriba, Travers? —indagó Jim, el patrullero.

—Todo un festival. Avise a los peritos que el sargento quiere verlos inmediatamente. Les ha caído un trabajo especial. Muy especial.

—De modo que después de todo, ha habido robo —refunfuñó el agente.

—Lo hubo. Pero eso es un simple juego al lado de lo otro.

—¿Qué?

—Pregúntele al sargento cuando baje. Me gustaría saber dónde se guarda el *whisky* en este caserón. Jamás en mi vida necesité un trago con tanta urgencia como ahora, y olvidé mi provisión en la oficina.

Helen Snyder, el ama de llaves, murmuró:

—Hay licor en la biblioteca, señor. Si me permite...

—¿Cómo no?

Siguió a la mujer sintiendo aún sus piernas tan flojas como si de repente le hubiesen birlado los huesos.

Sólo cuando hubo trasegado dos buenos vasos sintió que se afianzaban un poco.

Junto a él, la señora Snyder dijo:

—Ahora, cuénteme qué sucedió allá arriba.

—Puede estar segura que no le gustará saberlo.

—Nosotros pensábamos que el ladrón no había tenido tiempo de robar nada.

—Abrió la caja fuerte del dormitorio. Pero eso fue solo el aperitivo.

—¿Cómo dice?

—Lo grande es lo que hizo como plato fuerte.

El ama de llaves achicó los ojos, intrigada y molesta.

—Quizá ustedes, los policías —dijo—, emplean un idioma distinto al del resto de los mortales, pero no entiendo nada.

El reportero esbozó una mueca.

—No soy policía, de modo que mi idioma es estrictamente personal. En cuanto a lo que usted quiere saber, el tipo le cortó la cabeza a una mujer.

El ama de llaves dio un respingo y casi cayó sentada.

—¿Quiere decir que mató a... a alguien? —jadeó sin voz.

—Ni más ni menos. Decapitó a una muchacha rubia.

—¡Jessie!

—¿Se llamaba así?

—No había otra rubia en la casa... Era la segunda camarera de la señora Schindler. ¡Dios bendito! No puedo creerlo.

—Entonces, suba arriba y contemple el espectáculo. Apuesto que lo creará sin necesitar más aclaraciones.

La mujer parecía haber recibido un duro mazazo. Estaba tan pálida como la cera y sus ojos muy abiertos tenían una expresión de completo azoramiento.

—Jessie... —musitó como un eco.

—¿Cuántas camareras hay en la casa?

—Jessie y Ronnie, al servicio de la señora.

—Ronnie es la que gritó. Debió despertarse y al salir de su habitación vio la cabeza.

—¿La cabeza?

—Estaba tirada en el suelo, frente a la puerta.

—¿Está burlándose? Si es así, su sentido del humor es nauseabundo, señor.

—Olvidelo.

Llenó otro vaso de *whisky* y con él en la mano se dirigió a la puerta. Tras una vacilación, la mujer le siguió notando que sus piernas temblaban tanto que apenas podía andar.

En el enorme vestíbulo continuaban las dos mujeres y los agentes. Travers miró hacia las escaleras, dudando entre subir de nuevo o quedarse esperando los acontecimientos.

Ahora sabía que allí había materia para el más sensacional reportaje de toda su mediocre carrera y lo único que le faltaba era enfocararlo del modo más sensacional posible.

Mientras aún dudaba, una llave giró en la cerradura de la puerta y una muchacha entró.

Todas las miradas cayeron sobre ella.

Y había mucho que ver.

De estatura elevada, su cuerpo enfundado en una suerte de piel dorada que lo moldeaba al detalle era muy superior a esas ilustraciones de las revistas que encandilaban a Travers de vez en cuando.

Tenía un modo de moverse que sugería el vaivén de las olas del mar, sinuosa y suave. Sus largos cabellos negros y lustrosos le caían sobre los desnudos hombros igual que una cascada de ébano, y unos ojos tan oscuros como el cabello chispeaban llenos de asombro al contemplar la reunión.

Por un instante, nadie habló. Después, la muchacha dijo:

—Bueno, ¿qué pasa aquí? Hay polizontes por todas partes. ¿Helen?

La aludida desvió la mirada. Travers gruñó:

—Ha habido un robo.

—Oh, eso... Cualquiera creería que se trataba de algo importante.

El reportero añadió con ironía:

—También le han cortado la cabeza a una mujer, ¿sabe? Eso, incluso para usted puede que sea importante.

—¿A Marjory? —exclamó la recién llegada.

A Travers se le antojó que formulaba la pregunta con la esperanza de acertar.

De modo que en lugar de responder preguntó:

—A todo esto, ¿podemos saber quién es usted?

—Soy Anne Schindler.

Fue una afirmación rotunda, dejando sentado que, fuera de ella, no podía haber en todo el país nadie más importante.

—Es la hija del señor Schindler —puntualizó el ama de llaves.

—¿Dónde está papá, se encuentra bien?

—Arriba. Y creo que ya habrá despertado, se desmayó al ver el espectáculo.

Resueltamente, la muchacha se encaminó a las escaleras. Jim trató de cerrarle el paso y ella le fulminó con una mirada capaz de hacer pedazos un trozo de hierro.

Travers dijo:

—Déjela subir, Jim. Después de todo, quizá sea bueno que vea lo que hay arriba.

La vieron desaparecer en el piso. El reportero encendió un cigarrillo.

—Apuesto que se divertirá cuando lo vea —comentó.

Se equivocó. La muchacha no debió divertirse en absoluto, porque de pronto oyeron un agudo alarido y el golpe de un cuerpo al caer pesadamente.

Travers expelió una nube de humo y dijo:

—Una chica testaruda, ¿eh?

Nadie replicó. Todos escuchaban los rumores que llegaban desde el piso superior.

El periodista apuró el vaso hasta el fondo, miró a su alrededor y al fin preguntó:

—¿Dónde hay un teléfono desde el que se pueda hablar con tranquilidad, señora?

Helen Snyder señaló la biblioteca que él ya conocía.

—Ahí dentro —dijo—, ya conoce usted el camino.

—Seguro. Nunca olvido el camino que puede llevarme a un buen *whisky*...

Entró y cerró la puerta. Si había algo que no le interesaba en aquellos momentos era que los policías pudieran escuchar su conversación telefónica.

CAPÍTULO III

Cansado, el sargento se recostó en la butaca de la biblioteca y encendió un cigarrillo. Su rostro sombrío se alzó para mirar al periodista que estaba de nuevo agarrado a la botella de *whisky*.

—¿Puedes olvidarte de ese veneno por unos minutos? — rezongó.

—¿Olvidarme del mejor *whisky* que he probado en mi vida?

—Me dijeron que estuviste telefoneando.

—Seguro.

—¿A la redacción?

—Ajá.

—Si publicas algo de esto, tu periodichucho se verá envuelto en el mayor embrollo de toda su sucia carrera. Schindler no quiere publicidad.

—No podrá evitarla en un caso como éste. Demasiada sangre.

—Un tipo como él lo puede casi todo. Ha empezado a mover sus influencias, por si no lo sabías.

Travers se encogió de hombros.

—¿Qué sacaste de los interrogatorios?

—Nada, ésa es la verdad. La chica muerta era segunda camarera. Huraña, apenas se comunicaba con los demás sirvientes de la casa. Tenía un carácter difícil. No se le conocían amoríos. Salía un día a la semana, aunque nadie sabe adónde iba.

—¿Qué día?

—Jueves. ¿Por qué?

—No lo sé, fue solo un detalle. Sigue.

—No hay más.

Travers le miró por encima de su vaso.

—Debe haber algo más. Nadie mata de ese modo a una mujer sólo porque ha sido sorprendido robando.

—Hasta el momento, ésta es la única teoría válida. Cuando

encontremos al ladrón quizá adelantemos algo más.

—Eso no debe resultar muy difícil. No hay muchos profesionales capaces de abrir esa «lata de sardinas» con tanta limpieza.

—No me gusta tu manera de decirlo —gruñó el policía—. Cualquiera creería que tienes una idea entre ceja y ceja.

—Mis ideas se reducen en el reportaje. Tengo la corazonada de que esta vez lo venderé incluso a los grandes diarios de Nueva York.

—Alguien dijo una vez que soñar no cuesta dinero...

—¿Qué sabes de la familia Schindler?

La súbita pregunta desconcertó a Fields.

—Lo que todo el mundo —replicó—, que Schindler es una potencia económica, muy influyente y... Bueno, pero todo esto lo dijiste tú antes de salir de mi despacho. ¿A qué viene preguntármelo ahora?

—Yo te hablé del financiero, no de su familia, que es por quien voy a interesarme.

—Travers, vas a meter la cabeza en un nudo corredizo. Esa gente no permite que nadie se meta con su vida privada.

—Veremos. ¿Te quedas aún, o regresas a la oficina?

—Esperaré a que terminen los muchachos. Y acepta un consejo... Límitate a publicar escuetamente la noticia del crimen. No trates de lucirte o te verás metido en un lío.

—Ya me diste el consejo.

Dejó el *whisky* en la mesita y se encaminó a la puerta.

Fuera, los autos de la policía llenaban la plazoleta. Travers se acercó a los patrulleros para averiguar si alguno de ellos se disponía a regresar al centro, pero se encontró ante la disyuntiva de esperar o marcharse a pie.

Estaba pensando en la conveniencia de pedir un taxi por teléfono, cuando en el paseo de grava se oyó el bronco rugido de un motor y un coche deportivo irrumpió en la plazoleta a una velocidad suicida, casi estampándose contra el auto del sargento.

Los policías maldecían entre dientes aún, cuando del coche descubierto se apeó un hombre joven vestido con un elegante *smoking* de fantasía.

—¿Qué demonios de concentración es ésta? —cacareó. Se balanceaba levemente sobre sus piernas y cuando avanzó Travers descubrió que el recién llegado estaba ebrio.

Fenton, el patrullero, le cerró el paso.

—¿Quién es usted, amigo? —le increpó.

—Eso debería preguntarles a ustedes, ya que invaden mi propia casa. Yo soy Paul Schindler.

—Está bien, entre. ¿Siempre conduce usted de ese modo?

Por toda respuesta, el policía recibió una despectiva mirada y un empujón. Paul Schindler desapareció dentro de la casa.

—Un tipo quisquilloso —rezongó Travers, siguiéndole.

Mientras el recién llegado hablaba con el sargento, él pidió un taxi por teléfono. Después volvió al exterior hasta que llegó el vehículo, a cuyo conductor ordenó llevarle a la redacción de su periódico.

El archivo estaba en el sótano. Era un lugar húmedo y deprimente que olía a polvo y a descuido, y donde se acumulaban sin demasiado orden millares de datos, observaciones, noticias y fotografías procedentes de todas las partes del mundo.

A semejantes horas de la madrugada no había nadie al servicio de las sombrías catacumbas, de modo que Travers se encerró allí dispuesto a encontrar lo que buscaba.

Le llevó más de media hora conseguirlo. Era un simple recorte en el que había la fotografía de un individuo delgado, de pequeños ojos astutos y grueso bigote que ocultaba por completo su boca.

Se metió el papel en el bolsillo y subió al cuchitril que le servía de oficina.

Allí le cazó el propietario del diario.

—¡Maldita sea, Travers! —estalló el hombre—. ¡Nos cae una exclusiva sensacional y no te presentas hasta ahora...!

—No me diga que le sacaron de la cama...

—¡Claro que me sacaron de la cama! He mandado parar las máquinas para incluir...

Travers sacudió la cabeza con energía.

—Olvídelo, jefe. Límitese a publicar la noticia escueta, breve y sin comentarios.

—¿Que me condene si lo hago! ¿Qué pasa, tienes miedo?

—No, pero hay algo muy raro en todo esto. Un ladrón como el artista que abrió la caja fuerte nunca mata a menos que esté loco. Y menos de una manera tan salvaje.

—¿De qué manera? Olvidas que hasta este momento aún no has

escrito una línea.

—El tipo le cortó la cabeza a la chica. También dejó el cuerpo desnudo convertido en unos zorros. Había sangre por todas partes, ¿entiende? En las paredes, en los muebles, en las alfombras..., hasta creo que en el techo.

—¡Sensacional!

—Publique algo basado en esto. Yo voy a salir otra vez.

—¡Espera un minuto!

—No puedo.

Se dirigió a la puerta y ya no se detuvo hasta la calle. Allí tomó otro taxi y se hizo conducir a las inmediaciones del edificio de la policía, donde había quedado abandonado su propio coche.

Las calles, húmedas y desiertas, estaban cubiertas por una densa neblina gris en la que chocaban los haces de luz de los faros.

Travers condujo con cuidado hacia las callejas del barrio portuario.

En la oscuridad, reflejándose en el agua como fuegos fatuos, vio las luces de posición de los buques pesqueros, y más allá, a lo largo de los amarraderos de la dársena, los puntos rojos y verdes de los grandes yates y las embarcaciones deportivas.

Estacionó a la sombra de un alargado cobertizo y caminó hasta una estrecha calleja negra como la tinta. Casi al final había una luz amarillenta que se desparramaba sobre el suelo húmedo como un gran vómito.

Cinco o seis gatos salieron zumbando de un rincón cuando él pasó. Después, algo que muy bien podía ser una rata enorme le rozó las piernas al saltar para ponerse en un lugar más seguro.

La luz amarillenta procedía de una taberna cuya atmósfera era más densa aún que la niebla del exterior. Reinaba un olor agrio, indefinido, allí dentro. Travers arrugó la nariz y se internó en aquella especie de túnel, hasta una mesa del fondo donde dormitaba un hombre rechoncho, de cabellos lacios y expresión porcina.

—Hola, Little.

El aludido le miró sin parpadear.

—No te sientes —le advirtió—, a menos que traigas algo de beber.

—Claro, claro...

Fue en busca de bebidas y regresó. Miró con desconfianza el

líquido de color indefinido que había en el vaso. Pensó en el delicioso sabor del *whisky* trasegado en casa de Schindler, y acabó apartando su vaso y viendo a Little vaciar el suyo sin respirar.

Esperó verle sacar humo por las orejas después de aquello, pero nada sucedió. Sólo los ojillos del individuo se hicieron todavía más pequeños.

—¿Y bien? —le apremió.

—Dame tiempo. Después de engullir una ración de pólvora se necesita tiempo para ponerse en órbita...

—Tú estás en órbita desde que te levantas hasta que te acuestas. Al grano, Little, es muy importante para mí.

—¿Cómo cuán importante?

—¿Qué?

—Ya sabes... ¿Cuánto?

—¡Maldita sea! Te he sacado de más apuros que...

—¿Cuánto?

—Eres una sanguijuela, Little.

—Ya lo sé. Pero uno ha de vivir, muchacho.

—Cinco dólares es todo lo que me sacarás esta vez.

—Tú estás loco.

—Cinco, gordinflón. Tendrás suficiente para emborracharte hasta reventar.

—¿Con esa miseria? Ni para remojarme la tripa. ¿Es tu última palabra?

—Lo tomas o lo dejas.

—Ya veo... Bueno, lo que me dijiste por teléfono no era muy explícito.

—Era todo lo que necesitas saber.

El borracho sacudió la cabeza lastimeramente.

—He hecho un gran esfuerzo, Johnny, palabra. Me ha costado por lo menos...

—Al grano. No me sacarás ni un centavo más por mucho que llores.

—Miserable, aunque eso ya debiera saberlo yo... Bueno, si la cosa ha sido hecha del modo que me contaste por teléfono, creo que sólo haya dos especialistas capaces de realizar algo tan limpio. A menos, claro está, que se trate de alguien forastero.

—Nombres, Little.

—Tu trabajo será sencillo... Sólo uno de ellos se encuentra en la ciudad ahora. El otro se largó al Este hace meses y aún no ha vuelto, que yo sepa.

—Nombres —repitió Travers, impaciente.

—Jack Morgan es el que se fue y aún no ha regresado. El otro se llama Eddie Coulon.

—Creo que oí hablar de él alguna vez...

—Si estás buscando una excusa para no pagarme, olvídalo. Tú nunca has adelantado un paso sin mi ayuda.

Travers sacó el recorte del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—¿Es éste tu Eddie Coulon?

Little miró la foto, soltó una maldición y después dijo:

—Si ya le conocías, ¿a qué viene todo este lío?

—Sabía que había estado encerrado hace tiempo por violentar una caja fuerte, pero ese recorte no especifica más. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Tenía un pequeño apartamento cerca de aquí, en la Novena. Estaba sobre el Club One.

Travers sacó cinco dólares y los dejó bajo su vaso de *whisky*, aún intacto.

—Ni una palabra a nadie de todo esto, Little.

—No te olvides de pagar las bebidas.

Rezongando, el periodista pagó y abandonó el sucio local hundiéndose en la niebla del exterior.

CAPÍTULO IV

El Club One estaba cerrado. En toda la oscura calle no había más que sombras, cubos de basura y un enjambre de gatos ansiosos por obtener su cena.

Travers vio una luz pálida en la ventana que había sobre el club. La luz se filtraba a través de una cortina corrida.

Más allá de la atrancada puerta del club se abría un portal estrecho y tan negro que parecía una masa sólida. El reportero se internó en la negrura hasta tropezar con los primeros escalones.

Subió cautelosamente, tratando de sorprender cualquier ruido. Uno nunca podía estar seguro de nada en esos barrios y con esas gentes.

Arriba, se detuvo ante una puerta cerrada y escuchó. Creyó percibir el rumor de un cajón al cerrarse. Por debajo de la puerta descubrió el resplandor de la luz.

Entonces llamó con los nudillos.

Instantáneamente, la luz se apagó. Volvió a llamar.

Luego dijo:

—¡Vamos, Coulon, abre! Sé que estás ahí.

No hubo respuesta alguna, ni siquiera un rumor.

Repitió los golpes sobre la puerta y advirtió:

—Abre, Eddie, o alborotaré a todo el vecindario.

Al fin, un tenue rumor de pies al otro lado.

Y una voz:

—¿Quién está ahí?

—No soy de la policía si es eso lo que temes.

—Dígame su nombre.

—Travers. Soy periodista y quiero hablar contigo.

—No tengo nada que tratar con un periodista. Váyase.

—No me moveré de aquí hasta que haya hablado contigo. A menos que prefieras tener una charla con la policía...

Hubo un largo silencio. Después, la voz dijo:

—¡Lárguese, Travers, o como se llame! No tengo nada que ver con la policía tampoco. Estoy limpio, ¿entiende?

—Tan limpio como la basura... Está bien, tú lo quisiste.

Retrocedió y bajó las escaleras, pero antes de salir a la calle se agazapó en el pequeño y maloliente zaguán y esperó.

Estaba seguro que el ocupante del apartamento no esperaría la llegada de la policía.

Acertó.

Apenas dos minutos después le oyó bajar rápidamente las escaleras.

Travers se irguió y en dos pasos le cerró el camino de la salida.

—Despacio, Eddie. Tú y yo vamos a charlar un poco.

Oyó un gruñido. La forma oscura del hombre se movió con una celeridad asombrosa. Cuando él quiso retroceder era demasiado tarde. Un mazazo terrible le alcanzó en un lado de la cara, arrojándole contra la pared.

—¡Estúpido! —barbotó, recobrando el equilibrio.

Pero ya no había nadie a quien insultar. Salió a la calle y la vio ocupada por los gatos y los cubos de desperdicios.

Permaneció unos segundos farfullando maldiciones, entre dientes.

Después, retrocediendo, volvió a subir las escaleras. Estaba seguro que Eddie Coulon no regresaría en una buena temporada. Era posible que hubiese dejado atrás alguna pista.

La puerta del apartamento estaba abierta de par en par y el interior completamente a oscuras.

Entró y encendió la luz.

Estupefacto, contempló un revoltijo increíble. Después, sus ojos cayeron sobre el reguero de sangre que desaparecía por una puerta abierta.

Travers lo siguió, dio la luz tanteando a un lado de aquella puerta y miró al interior.

El cuerpo estaba tirado junto a la bañera. Podía decirse, sin faltar a la verdad, que nadaba en su propia sangre, porque ésta se extendía alrededor del cadáver, procedente de la horrible herida que cercenaba su garganta.

Forzándose a mirar, Travers reconoció aquel rostro como el

mismo que ya viera en la fotografía retirada del archivo.

El muerto había sido Eddie Coulon, uno de los más hábiles ladrones de cajas fuertes.

Retrocedió, incapaz de continuar contemplando aquel espectáculo sangriento.

Todo el pequeño apartamento había sido puesto patas arriba. Maldijo entre dientes, recogió el teléfono del suelo protegiendo la mano con su pañuelo y marcó el número de la policía.

Cuando obtuvo comunicación con el sargento Fields dijo:

—Habla Travers, sargento.

—Creí que te habías acostado.

—Con mucha suerte, podré acostarme dentro de un par de días.

—¿Por qué? Sea lo que sea que publiques en la edición de la mañana, no...

—Tengo algo más para publicar, sargento.

—A juzgar por tu voz debe ser algo bueno. Parece que estés dándole el pésame a alguien.

—Tú lo has dicho.

—¿Qué?

—Tengo otro cadáver.

—¡Travers! ¿Estás borracho o qué te pasa?

—Quizá sea que he visto demasiada sangre en una sola noche. Tengo un cadáver caliente aún. Le han cortado el cuello.

Reinó un corto silencio. Fields debía tratar de vencer el estupor.

—¿El cadáver de quién, si realmente no has bebido más de la cuenta?

—Se llamaba Eddie Coulon. Especialista en cajas fuertes.

—¡Travers! ¿Qué diablos...?

—Coulon, sargento. Vivía encima del Club One.

Y colgó el teléfono, fastidiado.

Mientras esperaba la llegada de los policías dedicó el tiempo a revisar lo que el asesino había esparcido. No pudo hallar nada de interés, ni que relacionara al difunto señor Coulon con el robo de la caja fuerte de los Schindler.

CAPÍTULO V

Amanecía cuando los policías terminaron su primer cometido en el escenario del nuevo crimen.

Junto a la ventana abierta, Travers vencía al sueño con cigarrillos. Tras él pasaron los enfermeros llevándose el cuerpo, y después apareció el malhumorado sargento Fields.

—Bueno, otro listo para que lo destripen. Le dieron un buen tajo al pobre tipo. La cabeza se le sostenía solo por un pingajo que...

—¡Cierra la boca, sargento!

—¿Nervioso?

—¿A ti qué te parece? Todo esto es demasiado para una sola noche.

—Claro, claro... ¿Estás seguro que no pudiste ver al tipo que te golpeó?

—Era sólo una sombra. Pero su puño es sólido como una maldita roca.

Se acarició el oscuro moretón que lucía en la quijada. Fields sonrió, cansado.

—Ahora, cuéntame cómo se te ocurrió que ese Coulon podía ser el asaltante de los Schindler.

—Fue una corazonada —mintió—. Revisé los archivos del periódico y encontré ese especialista. Quise comprobar si había acertado y vine aquí, eso es todo.

—Así de sencillo.

—Ni más ni menos.

—A veces me asombro de tus corazonadas. Pero hay algo que me obliga a llamarte mentiroso. Tú sabías la manera cómo había sido asesinada la camarera de los Schindler, de modo que si fuera como tú dices, antes de arriesgarte a ver a Coulon habrías adoptado muchas precauciones. Y según tú has dicho, sólo te presentaste aquí, llamaste a la puerta y eso fue todo.

—Fields, tú conoces a los delincuentes mejor que yo. ¿Has visto alguna vez en toda tu carrera un «revienta cajas» de la categoría de Coulon que haya asesinado a alguien?

—Bueno...

—Nunca te has tropezado con ninguno. Esos individuos son especialistas, se consideran unos artistas y están orgullosos de su habilidad. No son asesinos y tú lo sabes.

Fields sonrió.

—Sigue —le animó—. Suelta el resto.

—Coulon pudo ser el ladrón de los Schindler, pero no el asesino de la camarera. Y eso debió ocurrírsete a ti desde el principio.

—La cosa es que yo estaba convencido de eso mismo.

El crimen fue obra de un sádico, de un desequilibrado mental. No hay ninguna duda respecto a eso según el forense. El afirma que mataron a la chica de un tajo en la garganta. Todo lo que le hicieron después, que no fue poco, lo hicieron cuando ya estaba muerta.

Travers se estremeció.

—Entonces, ¿cuál es tu idea de todo esto? —murmuró.

—No tengo ninguna aún, pero parece lo más probable que Coulon entrase a robar y que tuviera la desgracia de ver al asesino. Por eso le han asesinado también.

—Eddie Coulon no era ningún tonto.

—¿Y...?

—Antes de meterse en una casa a abrir una caja debía saber de antemano los riesgos que iba a correr, o sea, cuánta gente habría en ella, y las costumbres de esa gente para evitar sorpresas. No olvides que la caja estaba en el dormitorio de la dueña de la casa. A menos de conocer de antemano que la señora estaría ausente, no se hubiera arriesgado.

—De acuerdo.

—Entonces, ¿por qué infiernos estás tirándome de la lengua?

Fields sonrió irónicamente.

—Así me ahorro de leer tu reportaje de la próxima edición.

—Quiero más material antes de escribirlo, especialmente el que se refiere a la familia Schindler. Me intriga esa gente. Por ejemplo, la hija pareció alegrarse mucho cuando creyó que la mujer muerta era Marjory Schindler...

—La odia —soltó el sargento—. Lo confesó sin rodeos. Marjory es su madrastra y al parecer sus relaciones mutuas son más bien tensas, para llamarlas de algún modo.

—Ya veo. ¿Y el hijo?

—Parece ser que va borracho veintiséis horas al día. Dormido o despierto, flota en una nube.

—¿También él odia a su madrastra?

—Sus sentimientos hacia ella son algo más complicados. Estoy impaciente por ver a esa señora, Travers, de veras.

—¿Qué hay sobre el resto de la servidumbre?

—Nada por ese lado. De todos modos, estamos investigándolos a todos. El ama de llaves lleva casi quince años con Schindler. La chica muerta y la que la encontró son camareras personales de la esposa del millonario. Hay una camarera y una cocinera, más el chófer, que está ausente porque llevó a su patrona a Santa Bárbara.

—Sigo intrigado por esa familia...

—Yo también. Pero por si te interesa, apenas llegué a mi despacho, recibí una atenta comunicación recomendándome tratar este asunto con la máxima discreción. Nada de ruedas de Prensa, nada de fotografías del cadáver... Y te aseguro que la «recomendación» venía de tan alto que casi daba vértigo.

—Entiendo.

—Recuérdalo cuando vayas a escribir. Schindler puede hacerte saltar hasta el techo si se le antoja.

—Ya veremos. Supongo que estás investigando a todos los que llevan el apellido Schindler...

—¿Te digo yo cómo debes hacer tu trabajo?

Travers esbozó una sonrisa. Hizo un gesto de despedida y se largó, soñoliento y cabizbajo.

CAPÍTULO VI

Le despertó el timbre del teléfono.

Aturdido, parpadeó y el sol que penetraba por la ventana le arrancó un gruñido de disgusto.

El teléfono continuaba escandalizando. Lo descolgó de un manotazo y gruñó:

—¡Bueno! ¿Qué pasa, hay fuego en alguna parte?

—Supuse que estarías durmiendo —dijo la voz del sargento Fields.

—¡Lo supusiste! Y eso fue tan duro para ti que decidiste fastidiarme.

—Sólo pensé en ello cuando ya tenía el teléfono en la mano. Me gustó la idea —le llegó una risita ahogada y después de nuevo la voz—. Lo cierto es que tenía un dato que quizá te interese.

—Suéltalo.

—La chica estaba casada.

—¿Qué?

—Jessie Holmes.

—¿La camarera muerta?

—Eres duro de mollera esta tarde.

—Bueno, no veo que eso sea tan importante.

—Puede serlo, desde el momento en que todo el mundo pensaba que era soltera. Incluso las demás sirvientas tenían la idea de que mantenía relaciones con un hombre. Un perfecto desconocido hasta ahora y que al parecer se proponía casarse con ella.

—Eso puede ser un dato importante. Ahora, dime por qué demonios se te ha ocurrido contármelo a mí.

Tras una pausa, el policía confesó a regañadientes:

—Tengo dos razones para hacerlo... La primera, que si tienes material para hincar el diente alrededor de la muchacha muerta y sus posibles líos amorosos, dejarás en paz a los Schindler. Hay

órdenes estrictas de evitar toda publicidad...

—Eso no reza conmigo. ¿Cuál es la otra razón?

—Bueno, tú sabes lo escasos de personal que andamos de un tiempo a esta parte.

—¿Y...?

—Esa faceta del caso podrías cubrirla tú, eso es todo.

—Ajá, ahora te has quitado la careta. Pero no importa, lo haré. ¿Cómo averiguaste que la chica estaba casada?

—Había una alianza de oro en un cajón. En la alianza están las iniciales de ella, una fecha y las iniciales del hombre.

—Suéltalas.

—J. S. Y la fecha, es el 28 abril de 1970.

—Bien, si se casaron en la ciudad no habrá problema.

—No lo habrá si te olvidas de la cama...

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó. Travers colgó el auricular, lo pensó detenidamente y al fin, levantándose, se encaminó rezongando hacia la ducha.

Casi a la misma hora en que él colgaba el teléfono, otro empezaba a sonar en un *bungalow* de un motel llamado El Descanso.

El hombre que esperaba tendido sobre la cama lo descolgó.

—Hable —dijo tan sólo.

—¿Drake? —indagó una voz.

—Nada de nombres.

—Está bien, tranquilo... Encontrará el paquete en el lugar convenido.

—Muy bien.

—Eso es todo.

—Creo que no.

—Cuidado, Drake, no quiera aprovecharse ahora. El paquete contiene todo lo convenido.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué le pasa?

—Hay un tipo detrás del asunto. Se llama Travers y tenía la pista de Coulon. Por poco no me sorprendió.

—Travers...

—¿Le conoce usted?

—Es un periodista.

—¡Maldito sea!

Reinó un largo silencio. Después, la voz del teléfono gruñó:

—Mejor será que le dé usted lo suyo. No podemos permitirnos el menor descuido.

—Está bien. ¿El mismo precio?

—Exactamente.

Colgó, pensativo. Volvió a tenderse en el lecho y dejó vagar su fría mirada por el artesonado del techo.

Fuera, en alguna parte, se oían los chillidos de algunos niños que jugaban, y las voces de sus madres junto a la piscina...

Travers compró su propio periódico. Leyó el corto artículo y arrugó el ceño. No era lo que él deseaba, el reportaje sensacional que le lanzaría a las nóminas de los grandes diarios del país. Pero eso no importaba, porque el asunto estallaría como una bomba cuando dispusiera del material suficiente para ello.

Entonces vio las cabeceras del *Times* de Los Ángeles y casi se cayó de espaldas. En grandes, enormes titulares, venía el nombre de Schindler unido a la noticia del salvaje asesinato de una camarera.

Lo compró también, furioso. Buscó un teléfono y llamó al sargento Fields. Esta vez no empleó preliminares.

—¡Eres un cerdo traicionero, sargento! —estalló por todo saludo haciendo vibrar el auricular—. Haces todo lo que puedes para que yo no mencione a Schindler, para que mantenga silencio sobre el caso, y luego les sueltas toda la camada a los diarios de Los Ángeles...

—¡Cierra la boca!

—¡Con un demonio! De ahora en adelante...

—De ahora en adelante me escucharás o te irás al infierno —le cortó el sargento—. Por nuestra parte no hemos dado información alguna a nadie, puedo jurarlo. Ha habido una filtración aunque maldito si sé por qué lado.

—No me vengas con cuentos.

—Están zumbándome los oídos desde que llegaron los periódicos de Los Ángeles, Johnny. Empezando por el fiscal, y tú ya sabes qué clase de vocabulario utiliza. Schindler está aullando también y creo empieza a tomar cuerpo la misma idea de pedirme la renuncia.

—Quisiera creerte, Fields. Pero si todos los periódicos de fuera de la ciudad lanzan sus baterías sobre este asunto menos nosotros, quien habrá de presentar la renuncia seré yo. Y te aseguro que no me la pedirán educadamente... ¿Cómo puede haber trascendido un caso del que nadie en la ciudad sabe una palabra?

—Maldito si lo sé.

—¡Pues averígualo! Me gustaría mucho saber qué interés fue el del personaje que dio esa información.

—Estoy intentándolo.

Colgó de golpe, disgustado.

Empleó el resto de la tarde siguiendo la pista del supuesto matrimonio de la camarera asesinada, aunque sin obtener ningún resultado. Cuando cerró la noche había llegado a la conclusión de que Jessie Holmes no se había casado en San Diego.

Si es que realmente estaba casada.

Cenó en un bar y se encaminó al edificio policíaco.

El sargento Fields tenía la cara pálida y una expresión de supremo abatimiento cuando penetró en su despacho. Allí se encontró con Travers sentado en su sillón, fumando y dando los últimos sorbos a los restos de su propio *whisky*.

—¿Y bien? —rezongó—. ¿Has decidido quitarme el puesto?

Travers quitó los pies de la mesa y se enderezó suspirando resignadamente.

—He perdido el tiempo. Si esa chica se casó, no lo hizo en esta ciudad.

—Me lo temía. ¿Quieres devolverme mi sillón? Estoy durmiéndome.

Fields se dejó caer en el asiento. Dio la sensación de que realmente iba a quedarse dormido en un instante.

—Aguanta un poco más —rezongó Travers—. ¿Qué hay de la mujer de Schindler?

—Éste es otro numerito... Llegó, se enteró de lo sucedido y puso el grito en el cielo.

—¿Tanto apreciaba a la camarera?

—¡Cuernos! No se enfureció por lo sucedido con la camarera, sino por el hecho de que le habían limpiado la caja fuerte. Y ahora agárrate... Le birlaron sus joyas de más uso, valoradas en unos cincuenta mil dólares, pero dio la casualidad de que, esa noche,

había en la caja un broche muy especial.

—¿Como cuán especial, sargento?

—Como doscientos mil dólares.

El reportero pegó un salto.

—¡No me digas!

—Resulta que la dama se retiró muy tarde la última noche antes de su viaje a Santa Bárbara, así que guardó el broche en la caja pequeña, pensando llevarlo a la mañana siguiente a la otra de la biblioteca como era su costumbre, sólo que entre unas cosas y otras lo olvidó.

—¡Doscientos mil pavos...!

—Doscientos cincuenta, contando las otras joyas. Más unos tres mil en metálico.

—Coulon dio un buen golpe, ¿eh?

—¿En qué estás pensando?

—En que acertó incluso en la única noche en que esa joya estaba donde no debía estar. Cualquiera creería que Coulon era clarividente... o que alguien le dio el sople.

—¿Alguien de la casa?

—Ajá.

Fields se encogió de hombros.

—Si fue así, la cosa va a levantar una polvareda por cuanto esas joyas estaban aseguradas por todo su valor. El broche contenía una ristra de diamantes que servían de marco a uno que por la descripción tiene el tamaño de un garbanzo por lo menos. Todo ello montado en platino.

—Imagino que la compañía aseguradora estará a punto de declararse en quiebra. Mandarán un investigador, y esa gente no se andan por las ramas. Si la broma les cuesta un cuarto de millón de dólares ni siquiera Schindler podrá cerrarles la boca.

—Eso es algo que no me preocupa.

—¿Cómo es la señora Schindler?

Fields puso ojos de cordero degollado.

—¿Tú recuerdas a Marilyn Monroe? Bueno, pues esa dama la supera. Tiene más curvas que el circuito de Indianápolis, y te aseguro que sabe cómo demostrarlo. Mirándola, uno siente que le domina el vértigo.

—Y él ronda los sesenta años. Si yo fuera Schindler andaría

preocupado.

—Ya puedes apostar que lo está. Y sus hijos ayudan a que se preocupe todavía más por cuanto no pierden ocasión de lanzar sus alfilerazos contra la dama. La detestan, y eso es decirlo del modo más suave.

Travers refunfuñó:

—Esta situación se presta a muchas posibilidades. Creo que me ocuparé un poco de todos ellos con vistas a mi reportaje.

Fields ni siquiera tuvo fuerzas para lanzarle sus advertencias referentes a los riesgos que iba a correr si se atrevía a airear la vida privada del magnate y su familia.

Cuando el reportero abandonó el despacho, el sargento empezaba a dar grandes cabezadas, hundiéndose en el mundo placentero del sueño.

Ni el uno ni el otro pensaron en aquellos instantes que la muerte no descansa, y que justamente en las horas del sueño es cuando se prepara para descargar sus más feroces zarpazos...

CAPÍTULO VII

John Travers entró en el Blue Moon cuando la animación en el local estaba en todo su apogeo.

Si uno había de juzgar por los precios, el Blue Moon era el *cabaret* más exclusivo de la ciudad. Ofrecía las más cotizadas atracciones del momento, contrataba grandes orquestas, seleccionaba a su clientela y poseía el secreto y los medios para despojarla de su dinero.

Uno de esos medios era la sala de juego instalada en la primera planta.

Travers se acodó en el mostrador y deslizó la mirada por encima de los profundos escotes de las mujeres y sus lisas y sugestivas espaldas desnudas. En la mayoría de aquellos escotes, aparte de los senos, se exhibían las más costosas alhajas que pudieran verse en la ciudad.

El mozo se inclinó sobre el mostrador.

—¿Lo de costumbre, Travers?

Éste se volvió hacia él.

—Lo de costumbre —suspiró—. Supongo que aún no habéis rebajado los precios.

—Por supuesto que no. El señor Robbis está pensando en aumentarlos precisamente.

—Ya veo.

Webb Robbis, el propietario del club, era un individuo elegante, duro y peligroso como la hoja de un cuchillo. Travers le vio deambular entre las mesas y minutos después el tahúr llegaba a su lado.

—Hola, reportero. ¿Ha venido a tentar la suerte?

—Estoy en bancarrota, Robbins. Incluso tenía la esperanza de que esta noche me invitara usted.

—Eso sentaría un mal precedente —rió el aludido.

—He oído decir que algunos miembros de la familia Schindler son clientes suyos...

Robbins achicó los ojos.

—Travers —dijo—, me molestaría mucho que buscara material para sus libelos en mi establecimiento.

—Tómelo con calma. Fue solo un comentario.

—Usted sabe lo que quiero decir.

—Por supuesto que lo sé. Pero usted debe haber leído lo sucedido en casa de los Schindler.

—Lo leí.

—Entonces, todo lo que concierne a esa familia es noticia.

—Conforme, pero no busque sus noticias aquí. Ni sobre los Schindler ni ningún otro de mis clientes.

Travers bebió un sorbo de *whisky* y sonrió beatíficamente.

—¿Sabe usted? Oyéndole, cualquiera creería que está amenazándose.

—Lo parece, ¿no es cierto?

Hizo un seco ademán de despedida y se alejó.

Travers continuó apurando su bebida.

Acababa de dejar el vaso vacío cuando la vio entrar.

Anne Schindler lucía un modelo negro tan firmemente adaptado a su cuerpo que parecía una segunda piel. Estuvo unos segundos indecisa, como buscando a alguien con la mirada. Al fin, decidiéndose, se acercó a la barra.

—Llévalo otra vez —pidió Travers al mozo.

Con el nuevo vaso en la mano fue a sentarse al lado de la hermosa y altiva muchacha.

—Hola —dijo.

Ella le miró despectivamente.

—Hola y adiós —murmuró.

—¿No se acuerda de mí?

—¿Tiene usted algo tan especial como para que una le recuerde?

—Llevaría cierto tiempo demostrarle lo que tengo de especial. Pero yo pensaba que me recordaría por haberme visto anoche en su casa...

Esta vez ella le observó con una chispa de interés.

—Sí, creo que sí —dijo—. Usted era uno de los polizontes que andaban por allí.

—Ajá, sólo que no soy policía, sino periodista. Me llamo Travers, John Travers.

—Ya veo..., apuesto que ahora me dirá que sus amigos le llaman Johnny y que yo puedo llamarle así.

—Me importa un pito como me llame usted. Todo lo que deseo es hacerle un par de preguntas.

—Debí suponerlo.

—Por ejemplo, ésta: ¿Qué opina de la esposa de su padre?

—Lo mismo que de usted. Me dan náuseas.

La muchacha saltó del taburete. El dijo:

—Yo creo que saldría usted ganando quedándose un poco más.

—No veo por qué.

—Quizá para evitar que su nombre aparezca en las cabeceras de cada periódico del Estado... cuando se vea envuelta en cualquier escándalo, cosa muy frecuente por lo que he averiguado hasta ahora.

—Eso tiene un sucio nombre.

—No tan sucio como otras cosas que podría mencionarle. Oiga, ¿es necesario que nos peleemos?

Ella volvió a encaramarse al taburete, ceñuda. Tomó la bebida que estaba calentándose sobre el mostrador y murmuró:

—Pregunte. Después de todo, quizá valga la pena.

—Usted detesta a su madrastra. ¿Por qué, porque se casó con su padre con los ojos puestos en la fortuna Schindler?

—¡Claro que se casó con él por su dinero! ¿Por qué otra sino, por amor?

Había tal sarcasmo en su voz que Travers se estremeció.

—Usted la detesta.

—No ha descubierto usted nada que yo no sepa.

—Supongo que su hermano abriga los mismos sentimientos.

—Ya puede jurarlo. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Pues no lo sé, sólo estoy tanteando el terreno. ¿Quiénes podían saber cuándo su madrastra guardaba el broche en la caja fuerte de su dormitorio?

—Nunca me preocupé por estos detalles, pero supongo que sus dos camareras podían saberlo. Y papá, naturalmente.

—¿Nadie más?

—No creo.

—¿Qué sabía usted de Jessie?

Por un instante, la muchacha se estremeció.

—Apenas nada. Estaba al servicio de Marjory todo el tiempo. Creo que era eficiente, pero eso es todo.

—¿Sabe adónde iba los jueves, cuando tenía el día libre?

—¿Cómo puedo saberlo?

—No lo sé. Al parecer, era casada.

—¿Jessie? No diga estupideces. Si lo hubiera estado, Paul no habría tardado en saberlo.

—¿Se refiere a su hermano?

—Sí. El andaba siempre detrás de las sirvientas, supongo que por el solo hecho de que estaban en casa. Paul siente una especial debilidad por las muchachas jóvenes.

—¿Y quién no?

—Creo que hasta las espías cuando van a acostarse. Eso había provocado más de un altercado. ¿Ha terminado usted con sus preguntas?

—Pues no, porque cuanto más hablo con usted, más preguntas se me ocurren.

—Por mi parte, he agotado las respuestas. Adiós, señor Travers.

—¿Le han dicho alguna vez que usted es una preciosidad?

—Muchas veces, y hombres mucho más importantes que usted.

—No lo dudo. También le habrán dicho que es usted una chica consentida, arisca como un gato salvaje y con una educación muy deficiente. ¿O eso no se lo habían dicho nunca?

Ella enrojeció. Luego, sus mejillas palidecieron.

—¿Ha terminado? —barbotó.

—Creo que sí.

La siguió con la mirada cuando se alejó, hasta verla desaparecer por la puertecita que comunicaba con la sala de juego del piso superior.

El llamó al mozo y pagó, preguntándole al mismo tiempo:

—¿Conoces al hermano de esa muchacha?

—¿Paul Schindler? Bueno, suele venir por aquí muy a menudo.

—¿Solo?

—¿Conoce usted al tipo, Travers?

—De vista solamente.

—En ese caso, le diré que Schindler es un sujeto que da náuseas.

—Eso tenía entendido.

—Siempre viene con dos o tres mujeres en torno. No sé cuánto dinero les pagará, pero por mucho que sea, le aseguro que ha de resultarles poco por soportarlo.

—¿Tan malo es?

—Ya le dije: nauseabundo. Goza humillando a las chicas. Yo creo que si se atreviera, sería capaz de golpearlas a la más mínima contrariedad.

—Todo un angelito, por lo que voy viendo.

—¿Juegan fuerte los dos hermanos?

—Eso no lo sé.

—Gracias por esos informes.

—No importa. Detesto a ese individuo, de modo que ha sido un placer.

El reportero atravesó la sala y subió a la sala de juego.

Había un corpulento vigilante al final de las escaleras. Travers era conocido y Robbins sabía que el periodista nunca divulgaba en sus escritos informaciones que le perjudicasen. Pero incluso así, el guardián le dirigió una mirada de desconfianza.

Burlonamente, el periodista le espetó:

—Deséame suerte, Buck.

Y se coló en la sala.

CAPÍTULO VIII

Anne Schindler arriesgaba su dinero en la ruleta. Travers la observó a cierta distancia comprobando que las alternativas de la suerte le eran propicias. Ganaba una suma respetable cuando se retiró para tentar la fortuna en los dados.

En pocos minutos perdió lo que había ganado. Luego, cuando le tiró los dados a ella, volvió a remontar y ganó unos centenares de dólares.

Su pasión por el juego duró más de una hora. Travers la vio cambiar las fichas en la caja. Debía ganar alrededor de trescientos dólares.

Cuando salía él, le cerró el paso.

—¿Cómo se las arregla? —exclamó—. Siempre que he arriesgado mi dinero, he perdido indefectiblemente.

—¿Otra vez usted?

—Me gustaría que aceptara tomar una copa conmigo. Algo así como la firma de un armisticio. ¿Sí?

—No.

Le dejó plantado y se fue.

Poco después, él abandonó el local y emprendió la marcha rumbo a su apartamento.

Encontró un lugar donde estacionar y caminó por la acera cabizbajo. Había algo que zumbaba en su cerebro de modo confuso, algo que si lograba darle forma quizá rindiera dividendos.

Abrió la puerta de la casa. Sentía la boca seca y consideró la idea de tomarse un último trago en el bar de la esquina. Luego recordó que en el apartamento guardaba una botella intacta y subió deseando acostarse cuanto antes.

Su apartamento se componía de un dormitorio, un baño, una estancia que servía de sala y despacho, y una pequeña cocina.

Buscó la botella después de encender las luces al entrar. El piso

olía a lugar cerrado. Pensó que por la mañana habría que abrir todas las ventanas.

Sin abandonar la botella se dirigió a la cocina, donde estaban los vasos y el hielo.

Justo al abrir el refrigerador se apagaron todas las luces.

Soltó una maldición. Era lo único que le faltaba en una noche en que se caía de sueño y estaba muerto de sed.

Tanteó para dejar la botella sobre una repisa y entonces le pareció oír el suave roce de unos pies más allá de la puerta de la cocina.

Se puso rígido, tenso como un cable.

En el absoluto silencio, sus sentidos se agudizaron.

Intentó penetrar la densa oscuridad, pero sólo consiguió que le dolieran los ojos.

Finalmente, barbotó:

—¿Quién anda ahí?

Captó la amenazadora presencia de algo desconocido. Fue una súbita seguridad de no estar solo, de que algo letal, siniestro, se deslizaba en alguna parte, buscándole.

Intentó retroceder hasta que sus espaldas tropezaron con el fregadero.

En la oscuridad, aquella presencia invisible se materializó con una respiración contenida.

El contuvo la suya y escuchó. Le pareció que los latidos de su propio corazón resonaban como golpes en un tambor.

Y de pronto, la amenaza se le vino encima. Era como si el asaltante tuviera ojos de gato.

Travers sintió una llamarada en un costado, una desgarradura que le arrancó un quejido.

Se revolvió desesperadamente. De modo instintivo, volteó el brazo en cuya mano aún sostenía la botella y ésta se estrelló contra el atacante, haciéndose añicos con estrépito.

Sus piernas comenzaban a aflojarse. Su enemigo retrocedía, jadeando y gruñendo.

Travers sostenía aún en la mano el gollete de la botella rota. Balanceó el brazo dispuesto a vender cara su vida y avanzó cautelosamente.

Sabía que el hombre seguía allí, agazapado en alguna parte,

dispuesto a completar su misión criminal. Era sólo cuestión de tiempo que lo consiguiera.

El notaba la sangre deslizarse, tibia y viscosa, por su costado herido. Por otra parte, a cada instante sentía crecer su debilidad.

Pensó que el criminal debía estar recobrando también las fuerzas después de recibir el botellazo. Le oyó respirar de pronto, muy cerca.

Echando mano de sus últimas fuerzas, lanzó el brazo como un muelle que se distiende, las agudas aristas del cristal roto encontraron carne donde morder y de la oscuridad brotó un sordo quejido.

Travers se apartó de un salto, calculando que el otro intentaría clavarle otra vez el cuchillo.

Esperó reteniendo el aliento.

Sus piernas apenas le sostenían. Buscó el apoyo del fregadero y se quedó allí, temblando, escuchando el rumor de pies que se alejaban apresuradamente.

Oyó el golpe de la puerta al cerrarse como si viniera de muy lejos y suspiró, aliviado.

A tientas buscó el teléfono, encendió una cerilla y marcó el número de la policía.

Apenas había empezado a hablar cuando se desmayó.

El hombre estaba tendido sobre la cama, a oscuras, esperando, rumiando su fracaso y gruñendo de dolor alguna que otra vez.

Cuando el teléfono sonó, se incorporó sobre un codo.

Tenía el rostro pálido, tumefacto por el botellazo. El mismo se había practicado una cura de urgencia, cortando la hemorragia de la profunda herida del pecho, abierta por las aristas del cristal.

—Hable —gruñó.

—¿Hizo el trabajo?

La voz era cautelosa.

—No. Hubo dificultades con él.

—¿Cómo piensa arreglarlo?

—Lo haré de otro modo.

—Que sea pronto. Encontrará lo convenido en el lugar de costumbre.

—Puede darlo por terminado.

—Volveré a llamarle mañana noche.

—Estaré aquí más o menos a esta misma hora.

—Entonces le daré instrucciones para otra tarea como la primera.

—Eso va a costarle más dinero. Aquello fue un trabajo especial.

—No quiera tirar demasiado de la cuerda, ¿entiende?

—Si no le parece bien, búsquese a otro.

—Escuche...

El hombre colgó, volviendo a tenderse en la cama.

Le dolía la cabeza, la cara, el pecho... Quizá si se hubiese detenido a pensar en ello, habría descubierto que le dolía también el alma.

Pero todo lo que pensaba en aquellos momentos era que sentía dolor y frustración, y una sorda ira contra sí mismo por haber fallado en su sangriento cometido, y hasta tal vez, cierta autocompasión por su inmensa soledad en un mundo hostil donde debía vivir en permanente alerta, desconfiando de todo y de todos.

Incluso de sí mismo, porque en su arriesgada profesión, un fallo podía resultar definitivo.

CAPÍTULO IX

—Tuviste una suerte loca, Johnny —comentó el sargento cuando el doctor hubo guardado sus instrumentos y salido del dormitorio.

—¿Suerte? El maldito matarife por poco no me partió por la mitad y tú dices que tuve mucha suerte.

—Pudo haberte matado. Pero si eso ha de tranquilizarte, te diré que cuando salió de aquí no se fue de vacío. Dejó un rastro de sangre hasta la calle. Allí debió subir a un coche y el rastro se pierde. Pero lo importante es que él también va herido.

—No será tan idiota como para acudir a un médico.

—No, claro que no, pero eso limitará sus movimientos.

—¿Tienes algo que yo no sepa sobre el caso?

—Nada positivo. Hice una discreta averiguación sobre el estado de las finanzas de los Schindler. Pensé que quizá estuvieran en apuros económicos y que el asunto del broche y las joyas había sido hecho para sacarles un cuarto de millón a la compañía aseguradora.

—¿Y qué?

—Nada. Schindler rebosa dinero por sus cuatro costados.

—Está bien, sargento. Ahora lárgate y déjame dormir.

Cerró los ojos y se quedó profundamente dormido antes que Fields hubiera tenido tiempo de salir del cuarto.

Sus hombres se retiraban también, después de su fracaso para localizar huellas dactilares. El apartamento olía a *whisky* que apestaba porque nadie se había ocupado de limpiar el que estaba desparramado por toda la cocina.

Al fin, apagó las luces y también salió, asegurándose de que la puerta quedaba debidamente cerrada.

Durante dos días, el periódico de Travers publicó extensos reportajes sobre el caso y todas sus implicaciones, incluyendo esta vez fotografías en exclusiva.

Pero Fields no pudo localizar al reportero por más que lo intentó repetidamente. Nadie sabía dónde estaba, ni si continuaba vivo o no.

El tercer día después de su herida, John Travers volvió a aparecer en el despacho del sargento, ante la sorpresa de éste.

—Pensé que te habían arrojado al mar con un buen lastre en los pies —rezongó el policía.

—Gracias por tus buenos deseos. Estuve trabajando todo el tiempo.

—¿Rubia, quizá? Me gustaría saber dónde la llevaste...

—Jessie Holmes se casó en Los Ángeles con un individuo llamado Joss Spit. ¿Recuerdas las iniciales J. S.?

Fields se enderezó, muy interesado.

—Debí suponer que estabas detrás de esta pista.

—Descubrí algo más, sargento. Ese Joss Spit ha pasado dos años en la cárcel. Le soltaron hace apenas una semana y nadie sabe adónde se dirigió.

—Ésa es una pista importante. ¿Traes alguna foto de él?

—La obtuve de la policía.

Dejó la fotografía sobre la mesa. Era la reproducción de una ficha policíaca. Joss Spit había sido detenido, acusado de intento de homicidio.

La fotografía correspondía a un hombre joven, de facciones correctas y firmes al que ninguno de los dos había visto nunca.

—Gracias por este trabajo, Johnny. Carezco de personal suficiente y tú sabes que, por el momento, la situación continuará igual.

Travers encendió un cigarrillo. Sus ojos chispeaban con ironía. Rígido a causa del prieto vendaje, a Fields se le antojó la imagen de un burlón ídolo oriental.

—Tienes la expresión de un gato que acabase de zamparse al canario —dijo el policía.

—Realmente, algo hay de eso.

—¿Qué te guardas en la manga?

—Verás, te dije desde un principio que esa familia Schindler me preocupaba. Demasiadas tensiones, demasiado odio..., demasiado dinero. Y demasiada diferencia de edad entre él y ella.

—¿Y qué?

—Estuve en Santa Bárbara. Se supone que Marjory Schindler estuvo allí un día y una noche, en una convención de organizaciones femeninas.

—¡Cuernos! No me digas que es falso, que no fue a Santa Bárbara.

—Sí fue allí. Asistió a la convención el mismo día de su llegada. Pero, se marchó apenas terminada. De modo que quedan en blanco parte de una tarde y toda una noche... que ella afirma haberla pasado en Santa Bárbara.

Tras un silencio, el sargento murmuró:

—Si uno se detiene a pensarlo, era de esperar una cosa así. En cuanto la vi, pensé que esa mujer era un volcán. Creo que le haré algunas preguntas que no van a gustarle.

—Ahora cuéntame qué estuviste haciendo tú.

—Seguimos la rutina, ya sabes. Informes y pesquisas sobre todos los relacionados con las víctimas, su estado financiero y cosas así.

—¿Algo importante?

—Nada. La servidumbre están limpios. Anne Schindler es una muchacha desordenada, cliente de la mayoría de clubs de lujo, con no pocos embrollos que no le gustaría conocer a su padre y con gran afición al juego, aunque no acostumbra a perder. Debe tener algún método que le da buenos resultados.

—Eso lo comprobé personalmente en el tugurio de Webb Robbins. ¿Y Paul Schindler?

—Éste es un caso aparte. También suele «tirarle de la oreja a la suerte». Apuesta a todos los juegos conocidos y a algunos que aún no han sido inventados, las mujeres le vuelven loco y se ha visto envuelto en infinidad de complicaciones a causa de ellas. O a causa de su carácter. Es violento, sin escrúpulos y no reconoce ningún freno a sus sucias apetencias. El es la causa de que las sirvientas jóvenes duren poco tiempo en la casa.

—Todo un angelito —comentó Travers, ceñudo.

—Estuvo procesado una vez por agresión a una muchacha, sólo que ésta retiró la denuncia antes de que llegara al tribunal. Supongo que el dinero de la familia tendría algo que ver en su decisión de dar marcha atrás.

—Por supuesto. Esa gente le teme a los escándalos como a la peste.

El periodista se desmereció. Hizo un gesto de dolor y añadió:

—Cada vez que me molesta la herida, pienso en el bastardo que trató de rebanarme en pedacitos y en las razones que tiene para verme muerto... y no consigo llegar a ninguna conclusión. Espero poder echarle la vista encima alguna vez, cuando él no tenga su maldito cuchillo.

—Hasta entonces, mejor será que duermas con un ojo abierto, Johnny.

—Te confieso que cuando me acuesto no puedo dejar de preguntarme si al despertar aún tendré la cabeza sobre los hombros. ¿Qué piensas hacer con lo que acabo de decirte?

—Veré a la señora Schindler. De todos modos, posiblemente su vida privada no tenga nada que ver con los crímenes. ¿No tienes ningún otro conejo oculto en el sombrero?

—Eso es todo, excepto que cerré el trato con un par de periódicos de Los Ángeles para proporcionarles material de primera mano sobre este caso. Si tengo un poco de suerte, mi nombre aparecerá donde debe estar antes de lo que imaginas.

—Y Schindler hará que te borren del mapa periodístico. Ha conseguido acallar la mayoría de periódicos que habían empezado a ocuparse de su nombre en relación con los sucesos. Ya te dije que tenía contactos en todas las esferas.

—No podrá hacerme callar a mí. Ésta es mi oportunidad, Fields, y la aprovecharé. Es más, tengo a una firma de investigadores privados de Los Ángeles reuniendo material sobre él y sus múltiples negocios. Son datos que me servirán para salpicar los reportajes. ¿Sabías que tiene mayoría de capital en más de treinta empresas? Incluso fundó una especie de corporación para controlarlas todas desde un núcleo administrativo central.

El policía sacudió la cabeza.

—No quisiera estar en tu pellejo cuando ese tipo comience a soltar los truenos. Bien, me quedo con esta foto del expresidiario. Si al salir de la cárcel vino a San Diego para ver a su mujer...

—Si estás pensando que él pudo matarla por alguna razón, olvídale. Todos los datos que pude reunir indican, sin ninguna duda, que estaban muy enamorados. Los funcionarios de la cárcel recuerdan muy bien las visitas de ella... todos los jueves.

—Veremos, de todos modos eso nos aclara el misterio de sus

desapariciones el día que tenía libre. Pobre muchacha...

Travers asintió. Estaba cansado y soñoliento. Se despidió y salió del despacho dejando a un sargento preocupado, impaciente a causa de la lentitud de las investigaciones, y no menos soñoliento que él.

El reportero estacionó el coche en un lugar prohibido, frente a su domicilio. Hundió la mano en la guantera y la sacó empuñando un pesado revólver que no abandonaba nunca desde que sufriera el atentado.

Atravesó la acera llevando el arma en el bolsillo. Con la izquierda sacó la llave, mirando desconfiadamente a su alrededor, entre las sombras.

Así vio destacarse al hombre cuando salió de uno de los coches aparcados. Era un individuo alto y delgado que avanzó hacia él resueltamente.

Travers se quedó inmóvil, pegado al portal, con el revólver empuñado dentro del bolsillo apuntando a la oscura silueta que se le acercaba.

El desconocido se detuvo a dos pasos.

—¿Es usted Travers? —preguntó.

Su voz era dura, tensa.

—Sí.

—Llevo siglos esperándole.

Hizo ademán de aproximarse más, pero se detuvo al oír la seca orden de Travers.

—¡No se mueva! Hay un revólver apuntándole a la barriga.

—Pero, bueno, ¿qué demonios le pasa a usted? Sólo quiero que hablemos.

—Quizá sea cierto, pero ya intentaron cortarme a tiras hace unos días. No se mueva de donde está.

—Mire, llevo mis documentos en el bolsillo. Puedo identificarme, y si me deja tiempo para decirle por qué quiero hablarle, lo comprenderá todo.

—Acérquese a la pared, ahí, a mi derecha. Apoye los dedos en ella y de un paso atrás.

—Ya conozco el truco —rezongó el desconocido.

Pero obedeció. Sólo entonces, Travers se le aproximó y apoyándole el cañón del revólver en la espalda, le sacó los documentos del bolsillo.

Los documentos acreditaban que el hombre se llamaba Joss Spit, de Los Ángeles.

—¡Spit! —exclamó.

—Ya le dije que podía identificarme. ¿Ha descubierto usted ya que Jessie era mi mujer?

—Sí.

—Pero no lo ha publicado.

—Todavía no. Está bien, puede enderezarse. ¿Qué quiere usted de mí?

—Si ha avanzado tanto como parece en sus pesquisas, sabrá que acabo de salir de la cárcel.

—En efecto. Pero será mejor que vayamos a mi apartamento.

Abrió la puerta y Spit entró primero. Travers seguía acariciando el revólver en el bolsillo, a pesar de todo.

En aquel instante, un coche dobló la esquina muy despacio. Al enderezar el rumbo, la luz de los faros barrió un instante la acera iluminando su silueta en el momento en que entraba a su vez y cerraba la puerta.

El auto pasó por delante de la casa, redujo aún más la velocidad y acabó deteniéndose a corta distancia.

Los faros se apagaron y el motor dejó de zumbir.

Pero nadie se apeó del vehículo.

CAPÍTULO X

—Ahora hable, Spit.

El expresidiario dio un sorbo al vaso y se recostó en la butaca.

Era un hombre de unos veinticinco años, poco más o menos. Su aspecto, visto a la luz, resultaba correcto y no había nada amenazador en él.

—Me enteré de lo sucedido con Jessie apenas compré un periódico recién salido de la jaula... Creí que el mundo se hundía para mí, Travers, porque ella era todo lo que yo tenía.

El periodista no despegó los labios. Encendió un cigarrillo y esperó a que su visitante continuara.

—Vagué como un perro durante horas. Después decidí venir aquí y averiguar por qué la habían matado. Pero si acudo a la policía en busca de información, todo lo que harán será ponerme las cosas todavía más difíciles, ¿entiende? Para ellos, yo seré el sospechoso ideal. Imagínese..., un presidiario...

—Comprendo.

—Entonces leí sus artículos en el periódico local y decidí que usted me escucharía. Por eso he venido, Travers, para pedirle que me ayude.

—¿A qué, a encontrar al criminal por su cuenta?

—Nada me gustaría tanto —masculló Spit, rechinando los dientes.

El reportero sacudió la cabeza.

—Si se mezcla usted en este asunto al margen de la policía, le echarán el guante de nuevo. También yo tengo algo que decirle al desconocido artista del cuchillo, puesto que intentó matarme, pero reconozco que sin la policía no tengo ni una oportunidad de echarle el guante.

—Por lo menos, dígame todo lo que sabe.

—Creo que enfoca usted el asunto al revés. Sería de más ayuda

si fuera usted quien contara lo que Jessie le dijo en sus charlas respecto a la familia con la que trabajaba. Sé que le veía a usted todos los jueves.

—Eso no nos llevará a ninguna parte. Todo lo que sé de ellos es que están podridos de dinero, que la señora Schindler es mucho más joven que su marido y que mira con ojos tiernos a todos los hombres jóvenes y fuertes que se cruzan en su camino. Que los hijos son dos crápulas de la peor especie, sobre todo el hijo. Paul creo que se llama. Jessie me dijo la última vez que estuvo en la cárcel que ese cerdo había intentado propasarse con ella varias veces y que sólo aguantaba en el empleo porque pagaban un sueldo magnífico, pero que iba a dejarlo tan pronto yo saliera.

—Continúe. ¿No le dijo nunca el nombre de alguno de esos hombres jóvenes y fuertes que interesaban a la señora Schindler?

—No, pero aunque lo hubiera mencionado, no creo que lo recordase ahora. En cierta forma, ella estaba en su derecho al tratar de divertirse un poco. El viejo la controlaba hasta en sus gastos, cuando a sus hijos les permitía despilfarrar todo el dinero que querían.

—¿Algo más?

Spit se encogió de hombros.

—No sé qué más pueda decirle. Supongo que usted sabía ya todo lo que acabo de contarle. Esos Schindler son una familia que no quisiera para mí, palabra. Entre el viejo tacaño, sus hijos degenerados y una mujer que si se casó por dinero se encontraba con que no podía disponer de él... Creo que incluso se insinuaba con el chófer.

Travers se enderezó.

—El chófer —gruñó—. Hasta ahora no he sabido nada de ese personaje, aunque la policía afirma que la servidumbre están limpios, por lo que imagino que incluyen también al chófer en su lista.

—Jessie me habló alguna vez de él. Nunca la molestó.

—Está bien, Spit. Deme su dirección y me pondré en contacto con usted, pero insisto en que lo mejor que puede hacer es hablar con el sargento Fields.

—Lo pensaré, pero prefiero seguir en comunicación con usted. Por favor, Travers, llámeme si consigue averiguar quién mató a

Jessie.

—Lo haré. Creo que tiene usted derecho a ello.

—Gracias. ¿Sabe usted, Travers? Es reconfortante encontrar a alguien que no le mira a uno como a un monstruo por el hecho de haber estado en la cárcel. No lo olvidaré.

Travers le acompañó a la puerta. Cuando el expresidiario hubo salido, él se dirigió al ventanal. Le intrigaba que si Spit acababa de llegar a la ciudad después de dos años de encierro dispusiera de un coche como el que le había servido de lugar de espera.

Así, que apagó la luz y se asomó.

Le vio aparecer en la acera, donde se detuvo el tiempo de encender un cigarrillo.

Entonces vio moverse el gran coche negro estacionado a poca distancia.

Estaba pendiente del hombre y quizá por eso su mente no trabajó lo bastante rápida para comprender lo que significaba aquel coche deslizándose poco a poco.

Pero entonces la comprensión llegó a él como un chispazo y gritó:

—¡Cuidado, Spit!

El expresidiario, sorprendido, levantó la cabeza.

En aquel instante, la calle se convirtió en un infierno.

Un arma automática tronó y sus repetidos fogonazos llamearon en la ventanilla del coche.

Frenético, Travers sacó el revólver y con medio cuerpo fuera de la ventana disparó hacia abajo rabiosamente.

La ametralladora siguió rugiendo unos segundos más. El cuerpo de Spit saltó en el aire con una trágica pirueta, zarandeado por el chorro de plomo, y al fin quedó hecho un guiñapo en la acera.

Travers vació el revólver sobre la capota del coche que aumentaba su velocidad. La ráfaga había cesado definitivamente.

Rechinando los dientes, maldiciendo en voz alta, Travers dejó de apretar el gatillo sobre unos cartuchos vacíos.

Entonces sucedió algo sorprendente. El coche que había acelerado brutalmente estaba dando bandazos. Hubo un estrépito cuando rozó la fila de vehículos estacionados a lo largo de la acera, se desvió y, con un salto brusco, invadió la acera y se estampó contra una pared.

En toda la calle se encendían luces y resonaban gritos excitados. Desde su aventajado observatorio, Travers vio cómo del coche salían tambaleándose dos hombres y emprendían la huida corriendo como gamos.

Cuando él llegó a la acera, ya había tres o cuatro curiosos en torno al cuerpo acribillado del desgraciado Spit.

Travers comprobó que estaba muerto y se apartó. Mientras seguía llegando gente, él atravesó la calle y caminó pesadamente hacia el coche estrellado contra el muro.

Los curiosos tenían más interés por el hombre muerto que por el auto. No había nadie junto a él.

Pero sí dentro.

Un hombre estaba caído sobre el volante. Tenía una herida de bala en la cabeza y Travers comprendió que por lo menos uno de sus proyectiles había cumplido su cometido.

Para cuando llegaron los primeros auxilios, la calle era un hervidero de gente excitada que había dejado suelta su morbosa curiosidad.

Travers se mantuvo apartado, fumando y viendo cómo iban llegando más coches policíacos y más curiosos.

Al fin subió de nuevo a su apartamento y descolgando el teléfono intentó comunicar con el sargento Fields.

Le dijeron que acababa de salir y colgó.

Fields no tardaría mucho en llegar. Preparó dos generosas raciones de *whisky* y, acercándose a la ventana, esperó.

CAPÍTULO XI

—Le confundieron conmigo, ¿no lo comprendes? El murió en mi lugar —repitió, lleno de ira.

—Está bien, cálmate. Te vieron entrar, según dices. Vieron tu luz encendida y esperaron con la esperanza de que volvieses a salir. Pero quien salió fue Spit, al que ellos no vieron cuando entró en el portal.

—Eso es. Recuerdo que vi el coche doblar la esquina y sus faros me descubrieron un instante, cuando entraba en la casa. Pero no se me ocurrió sospechar nada entonces. Estaba más interesado por la inesperada presencia de Spit.

—Comprendo. No le hicieron ningún favor a ese pobre tipo dejándolo en libertad.

Fields apuró el vaso de *whisky*.

Apenas acababa de hacerlo cuando sonó el teléfono.

—Debe ser para mí —dijo—. Dejé instrucciones de que me llamasen aquí... ¡Hable! Aquí el sargento Fields.

Escuchó algunas frases que hacían vibrar el auricular y después dijo:

—Concéntrense ahora en el coche, aunque sin duda debe ser robado. Pero quizá conserve las huellas de esos bastardos.

Colgó, ceñudo y desconcertado.

—Este asunto está adquiriendo unos vuelos insólitos. Han identificado al pistolero que mataste en el coche.

—¿Y...?

—Se llamaba Carmino. Su campo de operaciones era Los Ángeles. Podemos suponer que los otros dos que huyeron son forasteros. No lo comprendo.

—Alguien está muy preocupado por algo que yo pueda publicar, pero maldito si sé qué es. Nada de lo que he descubierto hasta ahora es importante o comprometedor para alguien determinado.

—Quizá tú no te has dado cuenta de la importancia que pueda tener lo que sabes. Ha sucedido otras veces.

—Primero un asesino loco y sanguinario, y ahora pistoleros enviados desde Los Ángeles. Tengo la impresión de que todo el caso se nos escapa de las manos, sargento.

—Eso mismo es lo que siento yo, y no es una sensación agradable.

Amanecía cuando el policía se despidió.

Sintiéndose incapaz de mantenerse de pie por más tiempo, Travers comprobó que la puerta quedaba bien cerrada y quitándose las ropas mientras se dirigía al dormitorio, se dejó caer sobre la cama y el agotamiento hizo que al instante quedase dormido como un tronco.

Por la ventana del *bungalow* penetraban los rojos resplandores del crepúsculo.

En alguna parte, alguien tenía conectada una radio a demasiado volumen y una música dulzona llegaba hasta el hombre cuyos ojos inexpresivos estaban fijos en alguna parte del techo.

Quizá no veía ciertamente un techo blanco, sino oscuras y sórdidas imágenes de un pasado amargo, de una niñez oscura y miserable, tan lejana que se perdía en el pozo del tiempo. Pero real aún en su imaginación porque de aquel pasado que dolía como una desgarradura surgió después todo lo demás.

El hombre esperaba.

No trataba siquiera de pensar. A veces sentía como si fuera un simple madero arrastrado por una corriente roja que se precipitaba hacia un abismo y entonces sentía vértigo, y odiaba profundamente a la humanidad entera y hubiese querido sumergirla en aquella corriente roja que a veces, cuando se desbordaba, olía a cobre viejo.

Olía a sangre.

El teléfono empezó a sonar de pronto.

El hombre no se movió.

Después de casi un minuto, el timbre enmudeció.

El hombre se levantó sin prisas y empezó a vestirse. Se pasó la mano por la mejilla. Necesitaba un afeitado, pero con un gesto de cansancio se anudó la corbata y tras esto encendió un cigarrillo.

De nuevo, el teléfono cobró vida escandalosamente.

Ahora lo descolgó al segundo timbrado.

—Hable.

—¿Dónde estaba hace poco? Llamé antes y...

—Está bien, está bien. Lo haré esta noche.

—¿Qué?

—¿No era eso lo que quería usted decirme?

—Si se refiere al periodista, no. Eso puede esperar. Es más importante lo otro.

—¿Dónde?

—Recoja el sobre esta noche. Hallará el dinero y una nota con la dirección.

—Está bien.

—Recuerde, como la primera vez. Peor que la primera vez si le es posible.

El hombre guardó silencio. Si cerrara los ojos, estaba seguro que vería aquella siniestra corriente roja que le llevaba a un abismo sin fondo.

No los cerró. Sólo dijo:

—¿Eso es todo?

—Hay algo más. Con la mujer habrá un hombre. No debe preocuparse. Estará inconsciente.

—¿El también?

—¡No! Para todo el mundo ese hombre será quien haya realizado el trabajo. Deben encontrarle arañazos y hematomas todo lo más, causados por la mujer en su lucha. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí.

—¿Lo hará, entonces?

—¿No me paga para eso?

—El doble esta vez. Será la última.

—¿La última?

—Lo del periodista no cuenta. Puede esperar a otra noche.

—Entiendo.

—Eso es todo.

El hombre colgó el auricular, fue al armario y sacó un pequeño maletín. Lo abrió. Estaba vacío.

Manipuló en uno de los cierres hasta que sonó un leve chasquido.

Tirando de él, levantó un doble fondo, dejando al descubierto

una poderosa pistola «Luger» y un largo y afilado estilete brillante como el oro.

Dejó la pistola donde estaba, sacó el cuchillo y cerró el escondrijo, depositando otra vez el maletín en el armario.

Ocultó el cuchillo en el cinto, apagó la luz y salió. Cerró la puerta con llave, tomó su coche, un modelo de tres años atrás, y poniéndolo en marcha, abandonó el motel.

Le pareció que de nuevo se precipitaba hacia la siniestra corriente roja como la sangre...

CAPÍTULO XII

Travers salió de la ducha frotándose enérgicamente con la toalla.

De la cocina llegaba el aroma del café recién hecho.

Llenó una taza. Estaba saboreándola cuando sonó el teléfono.

—Aquí Travers...

—¿Te sientes mejor?

—Hola, Fields. Sí, ahora estoy en forma. ¿Qué pasa?

—No va a gustarte.

—¿Qué es lo que no va a gustarme?

—Se cierra el caso.

—Tú estás loco. A menos que hayas cazado al destripador que anda suelto por la ciudad.

—No hay tal destripador.

—¡No me digas!

—Ordenes, muchacho. La fiscalía ha recibido instrucciones. Yo he recibido instrucciones. Todo el mundo ha recibido instrucciones.

—Yo no.

Sonó una risita.

—Tú no, pero sí el editor de tu periódico, sin duda. Te repito que el caso se cierra.

La cabeza empezó a darle vueltas.

—¿Cómo infiernos vas a cerrar un caso de asesinato sin cazar al asesino?

—Bueno, el asesino ya cayó, Travers.

—Quizá me he levantado por el lado contrario. ¿De quién me estás hablando?

—Caso de celos, ya sabes. El pobre tipo perdió la brújula y cometió una carnicería.

—¡Condenación! Te refieres a Spit.

—Ni más ni menos.

—¿Y cómo piensas explicar que fuera asesinado en mi lugar?

—No cayó en tu lugar, sino que los pistoleros de Los Ángeles iban a por él. Viejas cuentas del penal.

—Fields, si te sometes a esta iniquidad, mejor será que te dediques a coleccionar sellos de ahora en adelante.

—Ya te dije que...

Colgó de golpe.

De modo que el gran Schindler había logrado su propósito. Cerrar bocas, evitar el escándalo...

Se vistió, comprobó la carga del revólver y esta vez se metió un puñado de cartuchos en el bolsillo.

Minutos después emprendía el camino de la residencia del millonario.

El hombre se detuvo ante la casa. Era una de estas nuevas construcciones que surgen como setas en los nuevos distritos residenciales, todas semejantes, asépticas.

La calle estaba bien alumbrada, era ancha y había varias casas en construcción.

El hombre comprobó que aquélla ante la que se había detenido quedaba aislada. A ambos lados no había más que solares sin edificar aún.

Llamó al timbre y esperó.

Al abrirse la puerta, apareció una mujer rubia.

—¡Al fin! —exclamó la rubia—. Creí que no ibas a venir en toda la noche... ¡Oh! Creí que era otra persona.

—Usted es Carol —dijo el hombre.

—Sí, pero...

—He recibido instrucciones de llevármelo —recitó, recordando perfectamente el texto de la nota encontrada junto con el enorme montón de billetes—. ¿Dónde está?

No esperó a que ella dijera nada. La apartó a un lado y entró en la casa.

La mujer cerró la puerta.

—¿Le ha enviado él? —murmuró.

—Claro. ¿Dónde está?

—Venga.

La siguió. Era una mujer de unos treinta años, pero que sabía cuidarse lo suficiente para aparentar cinco o seis menos. Tenía un cuerpo bien formado, con curvas abundantes y largas piernas muy

bellas que asomaban por la abertura de la bata al moverse.

En una salita, el hombre vio al inconsciente individuo de quien le hablaron por teléfono.

Parecía dormir.

—¿Qué le ha dado? —Gruñó.

—Sólo un soporífero. Es inofensivo, pero muy eficaz. Además, él ya estaba ebrio cuando se lo administré.

—Está bien.

Se volvió hacia ella. La muchacha le miró a la cara y se estremeció.

Un temor oscuro y viscoso la inundó de pronto ante aquellos ojos helados, tan inexpresivos como los de... los de...

—El nunca me dijo que enviaría a alguien —balbuceó.

—Estoy aquí, ¿no es cierto?

—Sí, pero... Voy a llamarle por teléfono.

Giró sobre los talones y se inclinó sobre el aparato que estaba en una mesita enana.

La mano del hombre empuñó el largo estilete. Avanzó poco a poco, inexorable como la muerte.

La muchacha había levantado el auricular. Aún ladeó la cabeza antes de discar el número.

Entonces vio la relampagueante hoja del cuchillo alzándose sobre ella. El aparato escapó de sus dedos súbitamente paralizados. Desorbitó los ojos...

—¡No me toque! —aulló.

Trató de retroceder. El estilete descendió como una chispa de luz, como un rayo.

El alarido que empezaba a nacer en su garganta se ahogó entre borbotones de sangre. Una sangre roja que salpicó alrededor mientras el hombre retrocedía de un salto, dejándose llevar por aquel torrente cálido y rojo que parecía sumergir al mundo.

Más tarde, la sangre dejó de fluir. El hombre suspiró y sus ojos muertos recorrieron la estancia. No había nada que pudiera inquietarle.

Apretó el estilete que no había soltado en todo el tiempo y puso manos a la obra. Una obra espeluznante, salvaje y brutal que estremecería a toda la ciudad cuando fuera descubierta.

«Peor que la primera vez», había dicho la voz del teléfono.

El hombre se limitó a cumplir su cometido a la perfección.

CAPÍTULO XIII

Travers detuvo el coche ante la cerrada verja. Buscó un timbre y llamó repetidamente hasta que de uno de los pilares surgió una voz metálica.

—¿Quién es?

Se acercó al oculto micrófono y dijo:

—Me llamo Travers. Deseo hablar con el señor Schindler. Es muy urgente.

—Me temo que no podrá recibirle esta noche, señor Travers.

—Usted avísele.

—Aguarde un minuto, por favor.

Esperó. Un minuto después, la misma voz indiferente surgió del altavoz:

—El señor Schindler lamenta no poderle recibir esta noche, señor Travers. Debe usted concertar una cita por la mañana. Encontrará el número de teléfono en la guía.

El altavoz quedó mudo. Travers regresó al coche y le dio la vuelta.

Se alejó hasta encontrar un lugar donde dejar oculto el auto y después regresó hacia la propiedad.

Ahora sabía que estaba ante el reportaje más sensacional de los últimos años, el caso que podría elevarle hasta las alturas de los grandes diarios de la nación.

Miró la alta verja convencándose a sí mismo de que por muy alta que fuera no iba a detenerle.

Pero estaba estudiando aún el mejor modo de franquearla cuando oyó el zumbido del motor de un coche que se aproximaba.

De un salto se ocultó entre los arbustos, pegado al pilar de la entrada.

El coche se detuvo tan cerca, que hasta Travers llegó el calor que se desprendía del motor.

Por entre el ramaje vio que lo tripulaban dos hombres. Uno de ellos se apeó y oprimió el timbre.

Mientras esperaba, el otro abrió la portezuela de su lado y sacó algo parecido a un largo bastón tan grueso como una pértiga de saltos.

Perplejo, Travers contempló desde su escondite cómo aquel individuo comenzaba a tirar por un extremo, desplegando el artilugio como si fuera una gigantesca antena de radio.

Por el altavoz surgió la misma interrogación y el que esperaba, dijo:

—Diga al señor Schindler que me llamo Smith. El está esperándome.

—Por supuesto, señor Smith.

Sonó un chasquido metálico y el mecanismo electrónico abrió la verja de par en par.

El del micrófono ordenó:

—¡Date prisa en trabar esa verja!

El otro tendió la gigantesca barra de modo que en cada uno de sus extremos se apoyó una de las hojas de la verja metálica, impidiendo que pudiera volverse a cerrar cuando ellos hubieran entrado.

Travers vio desaparecer el coche en el interior del jardín. Corrió hacia las puertas cuando ya el oculto mecanismo zumbaba para cerrarlas.

De un tirón retiró la barra. Las dos grandes puertas giraron, encajándose con un golpe seco.

Entonces corrió hacia la casa. Llegó cuando el coche maniobraba para dar la vuelta y quedar enfilado de cara al paseo de grava.

Travers no podía saber qué se avecinaba, pero de cualquier modo no sería nada bueno juzgando por los preparativos de huida que aquellos dos individuos habían dispuesto en la verja.

Deslizándose por detrás de los arriates de flores, les vio subir al porche. Ni siquiera tuvieron que llamar, ya que la puerta se abrió y el propio Schindler apareció en el umbral.

Oyó un breve rumor de voces. Después, la del dueño de la casa se alzó con una nota aguda.

Sonó una apagada detonación y Schindler se dobló como un muñeco. Aún hubo otros dos disparos más disparados con

silenciador antes que el revólver del reportero tronara en el silencio del jardín.

Uno de los asesinos dio un brinco y pegó de cara contra el quicio del portal. El otro giró velozmente y el arma equipada con silenciador vomitó una sucesión de proyectiles que zumbaron entre el follaje, decapitando algunas flores.

Travers apretó el gatillo, pero falló. Vio al otro correr y zambullirse dentro del coche.

Le mandó otro plomo, que hizo saltar un cristal. El motor rugió lanzando al auto sobre el sendero.

Travers saltó de pie y vació el revólver contra el coche, que al fin desapareció en el recodo.

Echó a correr cargando al mismo tiempo su arma.

Cuando él llegó al recodo, el auto había cobrado una velocidad suicida. El conductor estaba seguro que la verja continuaba abierta de modo que hundía el acelerador a fondo.

Travers le vio desaparecer de nuevo en el recodo siguiente.

Después, oyó el chillido de los neumáticos sobre la grava, y al fin el estampido semejante a una explosión. Le siguieron una sucesión de chasquidos, cristales desmenuzados y después el silencio.

El auto había arrancado la pesada verja, pero también había pagado las consecuencias. Toda su parte delantera estaba hundida y algunas de las gruesas barras de hierro se habían empotrado tanto en la carrocería que parecían ensartarla como grandes lanzas.

Travers se inclinó sobre la destrozada ventanilla. El fugitivo tenía medio cuerpo atravesado por el roto parabrisas. Agudos pedazos de cristal le habían desgarrado la cara y su pecho era un amasijo aplastado y sangrante, hundido por su impacto contra la barra del volante.

Regresó hacia la residencia, donde se había desatado la histeria. Las sirvientas chillaban en alguna parte, y en el umbral, inclinada sobre el cadáver de Schindler, Travers vio a una mujer que correspondía cumplidamente con la descripción que Fields le hiciera de la dueña de la casa.

Marjory Schindler levantó su mirada azul y brillante al oír sus pasos. Travers leyó el pánico en sus hermosos ojos y se dio cuenta de que aún empuñaba el revólver.

Lo guardó en la funda y gruñó:

—Tranquilícese, me llamo Travers y soy periodista.

Ella se levantó poco a poco.

—¿Usted fue quien...?

—Lamento no haber disparado antes que ellos, pero no pude prever que se disponían a matar al señor Schindler.

Ella estaba serena ahora, aunque muy pálida.

Sus miradas se encontraron. La luz cayó por primera vez sobre el rostro de la mujer y Travers sufrió un sobresalto.

Era tan bella como un sueño. Lo malo es que era su sueño.

Ella también le recordó.

—¡Johnny! —dijo en un murmullo—. No recordaba tu apellido.

—Y tú no te llamabas Marjory en aquel tiempo.

Unos pasos se acercaron procedentes del interior. En el cuadro de luz apareció un hombre alto, de anchos hombros y cuello poderoso. Vestía un bien cortado uniforme gris y dijo:

—La policía está en camino, señora —miró a Travers y frunció el ceño—. ¿Cómo ha entrado aquí?

—Todo está bien ahora, Connery —dijo Marjory—. El señor Travers es quien se enfrentó a esos asesinos... Creo que haría usted bien tranquilizando a las muchachas allá dentro.

—Sí, señora.

El chófer desapareció en la casa. La mujer avanzó y dijo:

—Ven, no puedo soportar la presencia de esos cuerpos llenos de sangre.

El la siguió hasta los arriates.

—Ha pasado mucho tiempo, Johnny.

—Demasiado. Nunca sospeché que tú fueras la poderosa señora Schindler.

—Perdí la cabeza. Estaba asqueada de actuar en clubs nocturnos y él fue la solución. Lo pagué muy caro, Johnny.

—Por lo que he oído contar, has sabido encontrar algunas evasiones apasionantes.

Ella desvió la mirada.

—Sé a lo que te refieres, pero casi todo son embustes. Sucias mentiras.

—¿Casi?

—Sólo una vez. Creí enamorarme.

—¿Creíste solamente?

—Aún no estoy segura. Ahora me doy cuenta de que él me recordaba a ti inconscientemente.

—No he venido a pedirte explicaciones, Miriam. ¿O debo llamarte Marjory?

—Cambié de nombre legalmente, Johnny. Fue para borrar todo aquel pasado.

—No fue tan malo, a mi entender.

—Para mí, sí. Lo único limpio de aquel tiempo fuiste tú.

—He cambiado un poco desde entonces, ¿sabes? Ya no soy tan joven, ni tan limpio. Ni siquiera tan decente.

—Johnny...

—Muchas veces me pregunté por qué no me esperaste. Tú sabías que yo no iba a permanecer en Vietnam toda la vida. Pero cuando regresé ya no pude encontrarte.

Ella le miró. Sus grandes ojos azules estaban húmedos.

—Por favor, Johnny.

—Tienes razón. El pasado debe quedar enterrado para siempre.

—No quise decir eso, sino...

—Sea lo que fuere, olvídalo. La policía está a punto de llegar. Mejor será que te prepares para el mal rato que se avecina.

—Te has endurecido, ¿no es cierto?

—Te asombrarías de saber hasta qué punto. ¿Entramos en la casa?

—Espera, Johnny... Sólo un minuto.

—¿Para qué?

—Merezco todos los reproches que quieras hacerme. Me casé con Harry por su dinero y nunca lo he ocultado.

Pero jamás he dispuesto de esa fortuna. El era un hombre frío, calculador, aunque a su manera me quería. Fue por ese cariño extraño que temía tanto perderme y a raíz de ese temor nunca me permitió disponer de grandes sumas. Pensaba que si yo lograba echar mano a una cantidad considerable de dinero le abandonaría.

—¿Y era cierto?

—Nunca lo pensé hasta estos últimos tiempos. La situación para mí era intolerable, Johnny. Sus hijos me aborrecen, temen que les quite su parte en la tajada final.

—Conozco sus sentimientos hacia ti.

—¿Crees realmente que soy tan detestable?

El se encogió de hombros.

—¿Importa lo que yo piense?

Echó a andar hacia la casa. Ella le siguió apresuradamente cuando ya se escuchaba el aullido creciente de una sirena policíaca.

CAPÍTULO XIV

El sargento Fields no recordaba que se hubiera dejado dominar nunca por la ira como en aquellos instantes.

Zarandeó salvajemente al muchacho hasta arrojarlo de espaldas contra la carrocería del coche, donde rebotó con un golpe sordo.

—¡Maldita bestia sanguinaria! —barbotó—. Lo hiciste otra vez, y lo hubieras hecho otras de no haber perdido la brújula esta noche.

Paul Schindler sollozó histéricamente. Sus ropas estaban empapadas de sangre seca y su cara, surcada por profundos arañazos, tenía un aspecto sucio y lamentable.

—Esta vez tu nombre no te valdrá, sucio carnicero —masculló el enfurecido policía—. Haré que te pongan una camisa de fuerza para el resto de tus días.

—¡Por favor!

—¿Vas a suplicar ahora?

—Yo no lo hice. ¡Le juro que no lo hice!

—Seguro que no. ¿Oyes eso, Fenton? —exclamó, dirigiéndose al otro policía que asistía a la escena—. El niño no lo hizo. Ella se defendió con las uñas todo lo que pudo. Le arañó la cara y las muñecas y se llevó trozos de piel que aún están entre las uñas. El niño tiene sangre hasta en la camiseta, y por si fuera poco, el cuchillo con que la despedazó conserva sus huellas que pueden verse a simple vista, pero él no lo hizo... Si yo no fuera un policía decente, te arrancarí la cabeza aquí mismo.

—Tómelo con calma, sargento.

—¡Le juro que yo no...!

—¡Cierra la boca!

Fields levantó el puño como una maza. La mano de su compañero le detuvo antes que descargara el tremendo golpe.

—Ya está bien, sargento. Ese tipo no sabe ni lo que dice. Algo debió pasarle cuando se dio cuenta de lo que había hecho, porque

salió aullando y pidiendo auxilio hasta que ese hombre le encontró y nos llamó. Déjele que se reponga un poco.

—Mira, es mejor que te lo lleves de aquí. No sé si podría contenerme. Incomúnalo, ¿entiendes?

—Está bien.

Dominando su ira, el sargento regresó hacia la pequeña casita en cuyo interior habían descubierto el horrible espectáculo que ahora estaba siendo fotografiado por los peritos.

Se detuvo en la puerta para encender un cigarrillo. Oyó alejarse el coche que se llevaba a Paul Schindler y ese sonido pareció relajarle un poco los nervios.

Entonces se acercó a uno de los patrulleros que mantenía alojados a los escasos curiosos.

—Le llaman de la Central, sargento. Ha habido un asesinato.

—¿Otro?

—Schindler, sargento.

Fields pegó un brinco.

—¿El viejo Schindler?

—Eso han comunicado. El sargento Noris ha acudido a la residencia del millonario. Parece ser que ha habido una auténtica batalla.

—Era lo único que nos faltaba.

Dio instrucciones a sus hombres y tomando su coche partió a toda velocidad sumido en un mar de confusiones.

Se daba perfectamente cuenta de que su cargo pendía de un tenue hilo y la idea no le gustaba en absoluto.

Cuando llegó a la gran residencia, su compañero tenía la situación bajo control.

Travers los tumbó, Fields. Pídele que repita la historia mientras me ocupo de que quiten los fiambres del paso.

—¿Travers?

—Está en alguna parte. Parece hallarse en su propia casa.

—Ese tipo es capaz de meterse en la Casa Blanca y quitarle el sillón al presidente.

Travers no apareció hasta quince minutos después, escoltando a la flamante viuda.

Fields les dirigió una mirada cargada de suspicacia. Luego, se volvió cuando uno de sus hombres dijo:

—Encontramos esta pistola ametralladora en el coche, sargento. Era un arma de tiro a ráfagas, compacta, de fabricación extranjera.

Travers insinuó:

—Podría tratarse de la misma con que mataron a Spit, ¿no crees?

—El laboratorio nos lo dirá. ¿Puedes contarme ahora la historia?

—Seguro. Además, tengo algunas ideas.

—Tú siempre tienes ideas. Lo malo es que no sirven de nada.

Marjory murmuró:

—Esperaré en mi cuarto, Johnny.

—Está bien.

Estupefacto, Fields esperó hasta que ella hubo desaparecido. Entonces estalló:

—¡Y te llama Johnny! ¿Cómo infiernos lo consigues, fisgón?

—Es una larga historia.

—Suéltala.

—Sólo lo referente al crimen.

—Está bien. Después te contaré yo otro cuento de terror. Vamos a algún lugar donde podamos hablar.

Estuvieron encerrados en la biblioteca más de veinte minutos.

Cuando salían, un policía anunció:

—Hay una llamada urgente para Travers, sargento.

—¿Por radio?

—Sí.

—Ahora ya utilizas hasta las comunicaciones de la policía.

El reportero corrió hacia los coches. Fields esperó, apurando un cigarrillo.

Travers tardó poco en regresar. En sus ojos había un brillo inusitado cuando dijo:

—Vas a solucionar este caso por arte de magia, sargento. Yo me conformo con la exclusiva del reportaje.

—¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas que te dije que había encargado a una agencia de investigación de Los Ángeles, un informe completo sobre Schindler y sus finanzas?

—Claro que lo recuerdo.

—Bueno, la agencia tuvo dificultades, intentaron asesinar a los

dos hombres que realizaban el trabajo y uno de ellos está mal herido en un hospital. El otro ha venido personalmente para traerme los informes. No han querido arriesgarse a hacerlo por carta y menos por teléfono.

—¿Y...?

—Estaba en la redacción. Viene hacia aquí.

—Todavía no entiendo nada.

—Vamos arriba, quiero que hables con Marjory personalmente sobre lo que te he contado.

Los dos hombres desaparecieron escaleras arriba.

De una estancia cerrada salió Cass Connery, el chófer cuya musculatura podía competir para el título de Míster Universo. Miró a su alrededor con sus ojos fulgurantes y al fin se internó hacia las dependencias del servicio.

CAPÍTULO XV

El sargento bajó seguido de Travers. Hizo un gesto a uno de los agentes de uniforme y le ordenó:

—Suba arriba y no pierda de vista a la señora Schindler. Quédese con ella en su dormitorio y me responde de su vida con su cabeza. ¿Entendido?

—Perfectamente. ¿Cree que atentarán contra ella también?

—Tal vez.

Travers suspiró.

—Ahora me siento más tranquilo.

—Yo no. Todo lo que sabemos son suposiciones.

—¡Infiernos! ¿Qué más quieres? ¿Una confesión escrita? Ella perdió la brújula por ese saco de músculos, eso es todo. Estaba aburrida de Schindler, quería largarse y cometió la torpeza de creer que ese tipejo la amaba.

—De cualquier modo, el chófer no cometió esos asesinatos. Estaba aquí esta noche cuando...

—Espera un minuto. Connery le sacó a Marjory todo el dinero que ella había podido reunir a espaldas del viejo... cerca de diez mil dólares. ¿Para qué lo quería?

Ella iba a huir con él. Ésa fue la razón de que accedió a que un ladrón se apoderase de sus joyas. Porque Connery le dijo que el asaltante se quedaría solo con el dinero en metálico que dejasen en la caja y les entregaría las joyas. Un cuarto de millón. Ése era su plan, sólo que Connery nunca pensó dejar testigos vivos tras él.

—¿Y degolló al revientacajas?

—No entiendes. Hay alguien más..., el tipo al que ha estado pagando con los miles de dólares de Marjory. Necesitaba ese dinero en efectivo para contratar un asesino profesional.

—Te he dicho que hemos pillado a Paul Schindler con las manos en la masa. ¿Dónde metes ahí a tu asesino profesional?

Travers barbotó un juramento.

—Voy a preguntárselo a él —gruñó, ceñudo—. Pero se me ocurre que si eliminaba a la familia... ¿Eh?

—Tú estás loco.

Antes que él pudiera replicar, se oyó un grito en el jardín. Luego sonó el estampido de una pistola y más gritos conminatorios.

Los dos hombres corrieron al exterior. Los policías trotaban hacia la parte posterior del parque. Alguien hizo otro disparo y la confusión creció.

—¿Qué sucedió, Morton? —aulló el sargento.

—¡Alguien trataba de escabullirse, sargento, y cuando le gritaron que se detuviera, disparó!

—¿Algún herido?

—Creo que Turner está mal.

—¡Condenado tipo! —Redobló la carrera y gritó—: ¡Travers!

Pero el reportero había desaparecido.

Entre los árboles ladró una pistola. Otra le replicó y el sargento llegó a tiempo de ver a Travers desaparecer como un rayo en medio de la espesura.

Reconoció el bronco ladrido de un 38, el arma del periodista. Una sarta de disparos interminable, y por encima de los broncos estampidos empezaron a elevarse los alaridos de alguien a quien parecían estar descuartizando.

—¡Travers, maldita sea!

—¡Aquí, sargento!

Encontró al periodista recostado contra un árbol rellenando el cilindro del revólver con cartuchos nuevos.

En el suelo, revolcándose, lanzando gritos de dolor, estaba el chófer hecho un ovillo.

—¿Qué le pasa a ése?

—Creo que le duelen las piernas —dijo Travers, suavemente.

Fields se inclinó sobre el vociferante herido. Cuando se levantó, sus ojos chispeaban iracundos.

—¡Maldita sea mi stampa! Le metiste cuatro balas en las piernas y en plena oscuridad. ¿Cómo diablo lo hiciste?

—Tú olvidas que me adiestraron en Vietnam, sargento.

—Bueno, eso levantará una polvareda.

Travers guardó el revólver, se inclinó sobre Connery y le dio la

vuelta sin contemplaciones. Empezó a registrarle los bolsillos y cuando se irguió sostenía algo reluciente en las manos.

—Bien, si después de esto aún no estás convencido...

Fields contempló asombrado el brillo increíble de los diamantes que valían un cuarto de millón de dólares.

—Llévenselo —ordenó a los policías—. Voy a acusarle de más asesinatos que Landrú.

Connery dio un chillido.

—¡No fui yo, malditos! ¡No maté a nadie...!

—¿De veras? Esas joyas las limpió un tipo llamado Coulon. Y a Coulon le cortaron el gaznate, y ahora las joyas están en tu poder. Suma dos y dos y dime qué te sale.

—¡Lo hizo él! ¡Drake!

Travers aguzó el oído.

—¿También lo de las chicas?

—¡Sí, sí!

—¿Por qué?

Connery calló. Travers le descargó un puntapié a las piernas y de nuevo empezó a aullar lastimeramente.

Fields dijo:

—Eso está prohibido por la ley, muchacho.

—¡No me digas! Yo creí que lo que estaba prohibido por la ley era pillar a una mujer y cortarla a tiras. ¿Oíste, Connery? ¿Por qué esas muertes?

—Quiero un abogado.

—¿Dónde está ese individuo llamado Drake?

—Quiero un abogado.

Travers levantó el pie. El chófer lanzó un alarido.

—¡En un motel!

—Eso está mejor. Ahora, ¿por qué tenían que morir esas mujeres?

—Paul, él cargaría con el paquete. Está alcoholizado y todo el mundo sabía que sufre arrebatos de ira de vez en cuando. Quedaría eliminado de la herencia.

—Ya veo. Engañaste a Marjory, ¿no es cierto? No pensabas huir con ella, sino hacer que heredara. ¿Contrataste también a los pistoleros que mataron al viejo?

—¡Juro que no lo hice!

—En eso es posible que digas la verdad. Es tuyo, sargento.
Travers dio media vuelta y se encaminó a la casa.

CAPÍTULO XVI

El detective privado de Los Ángeles era un hombre recio, de unos treinta y cinco años. Llevaba un brazo en cabestrillo y había una mirada dura en sus ojos grises.

—Lo primero que descubrimos —explicó—, fue que Harry Schindler había mantenido hace unos años intensos contactos con gentes del hampa. Cabecillas del Sindicato del Crimen que luego fueron escalando puestos más altos en la organización.

—Pero eso sucedió hace años —comentó Travers.

—Pero se demostró que seguía siendo actual e importante cuando intentaron asesinarlos a mi compañero y a mí. Yo salí con el brazo agujereado, pero a él le perforaron un pulmón. Me queda el consuelo de que dos de los pistoleros quedaron listos para el funeral.

—Siga con la historia, amigo.

—Resumiendo, todo se reduce a que la Mafia necesitaba colocar grandes capitales en negocios aparentemente limpios. Pero ellos son conocidos. Una gran inversión hubiera atraído inmediatamente la atención de los federales primero y de los hombres del fisco después. Así que se pusieron de acuerdo con Schindler, un negociante respetado, y él realizó las inversiones en un comercio de empresas que absorbía los millones procedentes de las drogas, el juego ilegal, la prostitución y los demás negocios sucios de esa gentecilla.

—Ya veo.

Travers dijo:

—Todo fue bien mientras Schindler permaneció aparentemente impecable, ¿eh? Mientras no atrajo la atención ni se vio en dificultades. Pero cuando estalló el escándalo, temieron que se viniera abajo, de modo que le sentenciaron a muerte. Es lógico.

El sargento rezongó:

—Connery le hizo un flaco servicio cuando dejó suelta su ambición.

—En realidad, fue él quien le condenó a muerte sin saberlo.

Travers se apartó del grupo. Encendió un cigarrillo y miró hacia las escaleras.

Pensaba en el pasado, en lo que pudo haber sido y no fue por culpa del destino.

También pensaba en tanta sangre vertida. Pero esta idea la borró pronto de su imaginación y empezó a subir lentamente.

Fields chilló:

—¡Eh! ¿Adónde vas ahora?

—A relevar a tu hombre. Los necesitarás a todos si los mandas al motel a cazar al carnicero.

Llamó a la habitación de Marjory.

Se abrió la puerta y se encontró mirando el cañón de un revólver de reglamento.

—Todo está en orden, amigo. El sargento le necesita abajo. Yo me quedaré aquí.

—Muy bien, Travers. ¿Está usted armado?

—Seguro.

El policía se fue. El cerró la puerta, y volviéndose quedóse mirando a la mujer con ojos inexpresivos.

—Hola, Johnny.

—Hola.

—¿Qué pasó allá abajo?

—Connery ha confesado. Fuiste una estúpida en toda la línea.

—¡Pero yo no sabía que...!

—Claro, claro... La idea grande era sólo de él. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Marcharme.

—¿Después de recibir la herencia?

—Ya no quiero ese dinero, Johnny.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí. Me iré. Los chicos lo necesitarán más que yo.

—¿Has pensado también adónde vas a ir?

—Puedo volver a bailar.

—Piensa otra cosa. Eso lo dejaste atrás para siempre.

—¿Tienes tú alguna idea?

—Es posible. Una idea que incluye un apartamento pequeño, desordenado, sin camareras, sin lujos.

—¿Contigo dentro?

—Ésa es la idea.

—Pero la soledad es mala cosa, Johnny.

—No entra en mis cálculos estar solo. Tú compartirías mi cuchitril.

Ella no dijo nada. Sus ojos se inundaron de lágrimas tan sólo.

—¿Qué opinas, nena?

—¿A qué esperamos?

—Sólo que digas que sí.

Ella frunció los labios.

Dijo, simplemente:

—Sí.

E inclinó la cabeza, y estrujando sus labios en su boca, le obligó a rubricar así su ofrecimiento.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



